

# CALLE TESÓN

Memorias de Diego García Chaves, empresario chiclano



*Por Beatriz Díaz Martínez*

# *Calle Tesón*

*Memorias de Diego García Chaves  
Empresario Chiclanero*

**Título:**

Calle Tesón.

Memorias de Diego García Chaves, empresario Chiclanero.

**Autora:**

Beatriz Díaz Martínez

beatrizlalombriz@gmail.com

**Edición a cargo de:**

Diego García Chaves

© Beatriz Díaz Martínez

**ISBN:**

**Depósito Legal:**

**Diseño:** Raúl Gómez estudio

**Impresión:**

# *Calle Tesón*

*Memorias de Diego García Chaves  
Empresario Chiclanero*

Recogidas y elaboradas por  
*Beatriz Díaz Martínez*

Chiclana de la Frontera  
(Cádiz), 2009



## PRESENTACIÓN

En mi juventud Chiclana era un pueblo donde sólo había viñas, salinas y canteras; y nosotros éramos considerados “los catetos del campo”. Decían que éramos muy brutos y muy trabajadores, y nos escogían entre otros hombres de la comarca para hacer los trabajos más duros. Con el tiempo, Chiclana se ha transformado en el pueblo de Cádiz que más empresas tiene. Yo soy uno de los muchos empresarios chiclaneros que desde la pobreza de los tiempos de posguerra recorrimos paso a paso, con mucho tesón, el camino para llegar a este inquietante presente.

Mi forma de ser me impulsa a celebrar algunos acontecimientos de mi vida reuniendo a mis familiares y amigos más allegados. Es también una excusa para mirar hacia atrás juntos y hacer balance de lo vivido. Con este mismo ánimo, en este año he repasado los acontecimientos de mi intensa vida laboral. Traté de ordenar y entrelazar los hechos del modo más coherente posible, e hice memoria de actitudes que me animaron y de otras que me indignaron.

El fruto resultante, este libro que ahora ojeas con curiosidad y quizás con escepticismo, me ha supuesto una gran satisfacción. Tengo la convicción de que mi modesto trabajo ayudará a muchos chiclaneros a entender mejor la historia reciente de nuestro pueblo. Servirá de ejemplo para los trabajadores y trabajadoras en general; y en concreto a quienes hoy en día piensan en sacar adelante una empresa.

En este tiempo en que las familias se van desuniendo, yo intento que mis hijas se apoyen entre ellas, tenemos un contacto diario muy cercano, y organizo de vez en cuando encuentros y fiestas familiares. Estas memorias pueden ser también para ellas una posibilidad de enlace e identidad familiar.

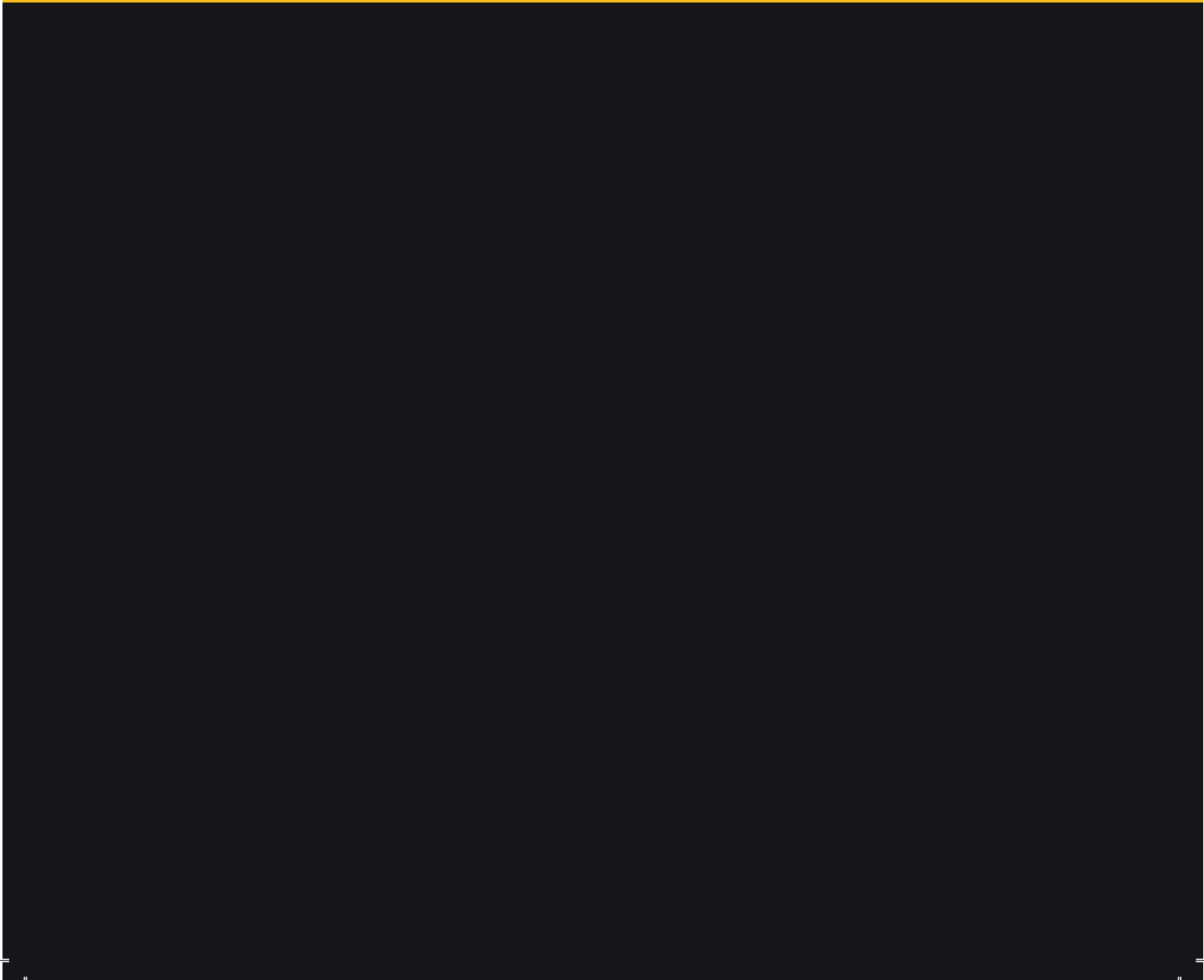
Espero que otros empresarios de mi tierra se animen a recoger y compartir sus memorias. Sería triste que marchásemos en silencio, llevando con nosotros nuestra experiencia y sin dejar constancia de este tiempo esencial en la historia de Chiclana.

**Diego García Chaves**

*Chiclana de la Frontera (Cádiz), septiembre de 2009*



*Diego García Chaves trabajando  
en su oficina de Digavasa, en los años noventa.*



MEMORIAS DE DIEGO GARCÍA CHAVES  
EMPRESARIO CHICLANERO

I.  
LA MISERIA DEL CAMPO  
(1936 - 1951)

II.  
TRABAJANDO EN LA CONSTRUCCIÓN  
(1951 - 1961)

III.  
TIEMPOS DE EMIGRACIÓN  
(1961 - 1970)

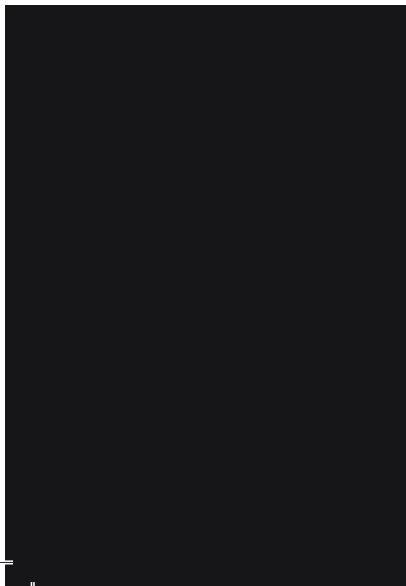
IV.  
MIS INICIOS COMO AUTÓNOMO  
(1970 - 1987)

V.  
DESARROLLO DE DIGAVASA  
(1987 - 2009)





**I.**  
**LA MISERIA DEL CAMPO**  
*(1936 - 1951)*



## CONTENIDOS

*Yo lloraba por trabajar en el campo  
Pasaban por tu vera y ni te miraban  
Mi padre trabajaba para su hermano  
Mi abuela fue muy emprendedora  
Lo que veíamos era mucha tristeza  
Salíamos adelante con pequeñas cositas*

### *Yo lloraba por trabajar en el campo*

Me llamo Diego García Chaves. Nací en Chiclana el 1 de septiembre de 1936 y tengo setenta y tres años. Desde muy niño, yo quería ganar dinero para ayudar a mis padres. Viendo el hambre que pasábamos en casa, yo lloraba por trabajar en el campo. Para el pensamiento inocente de un niño, el campo era algo muy bonito.

Con ocho o nueve años empecé a ir a la viña de mi tío, donde ya trabajaba mi padre (pues él estaba en peor situación que su hermano). Antes de sembrar, había que labrar la tierra a una buena altura; yo me encargaba de pasar el cántaro de agua a los ocho o diez hombres que cavaban con la azada. El cántaro de barro se dejaba a la sombra para mantener el agua fresca; ¡pero hacía tanto calor que el agua siempre estaba caliente!

Todavía yo no podía con la azada; aunque más de una vez, animado por los trabajadores de la cuadrilla, intentaba usarla. Quería demostrarme que era un hombre. Mis primeras tareas como *zagalillo* no podían ser otras que pintar y recoger palillos en la *poa* de la viña, entre diciembre y enero.

En la *poa* anual, yo iba untando cada corte con sulfato de hierro, que era de color dorado oscuro. A esto le decíamos “pintar”. Como no había brocha, usaba un algodón envuelto en un trapo y remojado en el sulfato. De este modo no se sangraba la savia de la planta por los cortes y la cepa mantenía su fuerza. Mi padre me reliaba como un *palmito* con una chaqueta suya, y me ponía unos calcetines viejos en las manos, porque entonces no había guantes. No se tomaban más precauciones.

Después de podar se recogían del suelo las ramas o sarmientos y se hacía *picón* (un carbón de poca calidad). El *picón* lo vendíamos en sacos o bien lo traíamos a casa para la *copa* (brasero). Así nos ahorrábamos ese gasto. En el suelo quedaban muchos palillos chicos que no se podían recoger como el sarmiento. Mi padre me ponía detrás de los hombres que sarmientaban, para ir recogéndolos. En cada cuadrilla de cuatro o seis hombres había un chiquillo que hacía estas tareas.

El *costo* o comida que llevábamos al trabajo era insuficiente: unas sardinas arenques, una *espoleá* de maíz, algo de *butifarra* o de manteca y muy poco pan. Antes de empezar a trabajar, colgábamos la *capacha* o cesta en un par de *rodrigones* altos (que se ponían a las viñas para sujetar la parra) o bien en un árbol; de modo que pudiéramos vigilarla. Con la necesidad que había, cualquier listo podía pasar agachado entre la viña y llevársela.

Para desayunar nos sentábamos en el *descansadero* (donde dejábamos el borrico), sobre un par de saquitos hechos con *esparto* basto, que se usaban para el grano. Como yo quería y no podía hartarme, mi padre me decía, “Hijo, deja algo, que el día es muy largo”. Te llevabas el día preguntando cuándo se comía y esperando a la noche, a ver lo que tu madre había preparado. Y cuando llegabas a casa, la miseria era comprobar que ella también esperaba el jornal nuestro, para comprar algo de comer.

Cuando empecé a trabajar, hacia el año 1945, me daban una peseta al día. Desayunaba en casa de mi tío e intentaba tomar todo lo que podía. Y estaba deseando que llegara la tarde, porque cuando veníamos de trabajar él nos daba una tajadita de *butifarra* o un *chicharroncito* con una copita de vino.

El día que mi tío venía con nosotros al campo hacía *gazpacho caliente*. Se trataba de una comida excepcional; ¡para nosotros era día de fiesta! Me ponía morado ¡y me daban unos sudores...! El hambre es muy mala: cuando yo iba a echarle el pienso a la *bestia* en la cuadra, a veces me comía parte de las habas o las algarrobas que le echaba.

Mi padre temía que su hermano le llamase la atención por llevarse algo. Si queríamos tomar uvas en casa, tenía que traerlas a escondidas en la cacerolita donde llevaba el *costo* que mi madre había reservado la noche anterior. Cuando maduraban los primeros racimitos de uvas, decía: “Para mis niñas; para tu madre”. Y cuando recogía las papas, acostumbraba a guardar algunas para hacer una olla de papas *sancochadas*.

Mis primos se venían algunos días a la viña a pasárselo bien y llevaban una buena cesta de comida con un *costo* divino, cuando yo tenía más



hambre que un caracol en un espejo. Por la tarde, cuando mis primos regresaban, les llevábamos en el borrico las sobras; ¡y no podías cogerlas, porque se enfadaban!

El trabajo en el campo estaba muy atrasado. Yo recuerdo que la primera vez que un hombre metió un arado con *bestia* por El Marquesado, le dijeron que estaba loco, porque iba a estropear la viña. En realidad la uva se criaba igual con el arado, y lo importante era que se evitaba el golpe duro que dábamos a la tierra con la azada.

Cuando empecé a hacer labores de hombre, trabajaban conmigo padres de familia que tenían ocho o diez chiquillos y que no podían con su cuerpo, del hambre que pasaban. Recuerdo que uno de ellos, cada vez que terminaba con la azada una *camada* entre dos hileras de viña y retornaba para iniciar la siguiente, alargaba la mano hacia el *lomo de cebollas* del campo vecino: jalaba una cebolla como podía, la tomaba en sus manos para sacudirle un poco la tierra y le pegaba cada bocado... ¡Como si aquello fuera un bocadillo de jamón!

Llevábamos sobre los pantalones la *zahona*: una pieza de lona fuerte que protegía el pantalón de la humedad y la suciedad. Y poníamos clavos en la suela de las botas para que se gastaran menos. El que tenía botas presumía con ellas; el que no podía comprarlas llevaba al trabajo unas *babuchas* de goma y *cerco* (*esparto*). No era raro que la planta del pie tocara el suelo, pues el *esparto* no valía nada. Y para evitar la molestia de la lluvia y de la tierra fría sobre el pie, nos lo cubríamos con un trapo amarrado, al que le decíamos *angorra*.

Cuando salíamos a la calle llevábamos unas *babuchitas* parecidas; esta vez bien limpietas. Algunos niños como mis primos tenían un par de zapatos nuevos todos los años, pero la mayoría de la gente no podía comprarse zapatos.

Si no ibas al trabajo andando, ibas en borrico. Había unos caminitos entre el matorral de *palmones*, que se llamaban "*caminos de bestias*". La primera vez que yo vi un hombre con una bicicleta corriendo por aquellos cami-

nos en El Marquesado me pareció una locura. Y luego piensas: “¡Qué más hubiera querido yo que disponer de una bicicleta en esos años!”.

El reloj que teníamos era de sol. Y otro reloj era el tren, que según pasaba por el apeadero del barrio Jarana (entre Puerto Real y San Fernando), pitaba para evitar pillar a los chiquillos que cruzaban. Su hora prevista eran las cinco, pero si llegaba retrasado, cuando lo escuchábamos desde El Marquesado para nosotros igualmente eran las cinco.

### ***Pasaban por tu vera y ni te miraban***

En aquel tiempo, las tierras de Chiclana eran viñas y algo de huerta, mientras que en Medina Sidonia o Paterna había cereales. Había muchas y pequeñas viñitas familiares: uno tenía dos *alanzadas*, el otro tres... y la mayoría de la gente vivía del campo<sup>1</sup>.

Los diez señoritos que había en Chiclana: Vélez, Miguel Guerra, Vargas, Primitivo Collantes, el Beato... eran los dueños de la mayoría de las tierras y tenían sus propias bodegas. Si no tenían su propia cuadrilla de hombres, mandaban a diario a sus capataces a la plaza de abastos para elegir trabajadores: “Éste, éste y éste”. Recuerdo que cuando era un niño, me ponía de puntillas para que me vieran. Si eras muy bueno y destacabas, el capataz decía de ti, “Ese chiquillo es muy puro trabajando”.

Los pequeños propietarios como mi tío, que tenían ocho o diez *alanzadas* de viñitas, se llamaban *mayestos*. Cuando cosechaban, llevaban la uva al señorito con el que tuvieran acuerdo y eso les daba para vivir. A quien no le llegaba era al que iba con la *capacha* y la azada a trabajar en su tierra. El mayor sueldo que yo recuerdo en este tiempo era de veinticuatro pesetas al día.

La viña era lo que daba dinero. Entonces el vino chiclanero se bebía mucho, y los niños también lo tomaban. Las bodegas de Jerez eran ya muy

---

<sup>1</sup> Una alanzada (o aranzada) es una medida agraria de superficie que se usó en algunas provincias españolas antes del sistema métrico decimal. Equivale a 400 estadales cuadrados, que según la zona son 4.755,78 metros cuadrados, o 4.471,92 metros cuadrados.

famosas, tenían un mercado muy grande y compraban mucho mosto de esta zona, pues exportaban. Cuando había mucho mosto en la bodega, bajaban el precio de la uva.

En los años cincuenta se formó una cooperativa. Una vez que cubrieron los gastos de las instalaciones, esta cooperativa fue una pequeña solución para las familias que se dedicaban a sus viñas, pues ya no se veían obligadas a llevar la uva a los señoritos. Hoy en día se ha arrancado mucha viña, los riojas han ganado poder y, además, parte del consumo del vino se ha sustituido por otras bebidas.

Los muchachos que trabajaban en un comercio o en una tienda de paños del pueblo estaban muy bien considerados. Les decíamos *artesanos*, y llamaban la atención porque estaban muy blanquitos. Los demás, que éramos la mayoría, como trabajábamos en el campo, en las salinas o en las canteras, estábamos endurecidos como un *rodrigón* de jara y más negros que un chicharrón.

Cuando de chico iba a Cádiz, sabían que venía del campo por lo negro que estaba. Hoy se ha puesto de moda estar moreno y pasear o hacer deporte en la naturaleza; entonces nadie quería ir al campo. El trabajador del campo estaba muy mal mirado, y había tanto clasismo que los artesanos pasaban por tu vera y ni te miraban, porque te consideraban una basura.

Como era de esperar, toda la lucha de mi madre era quitarme del campo. Ella insistió mucho para que me dieran un trabajillo en la fábrica de harinas donde comprábamos el racionamiento. “Hija, a ver si me haces un hueco para mi niño”, le decía a la panadera. Un empleado se fue a la mili, y me metieron a mí durante su ausencia.

Al empezar a trabajar en la fábrica perdí el moreno y gané posición para las chicas. Por eso pude echarme una novia *mayestita* y empecé a pasear con ella, aunque los padres no estaban muy conformes. Volvió el otro del servicio militar y se incorporó a su puesto en la fábrica. Me quedé yo sin trabajo y poco después sin novia, porque al volver al campo y ponerme moreno de nuevo, ya no le interesaba a ella salir conmigo.

Pobre, *mayesto* y señorito; esas eran las tres clases de personas que había. Y también los más pobrecitos, que se buscaban la vida día a día cogiendo *palma* o *higo tuna* del campo en primavera, y haciendo carbón o *picón* en invierno. Recuerdo que uno de aquellos señoritos decía que mientras hubiera *tunas* no se morían los pobres de hambre.

### ***Mi padre trabajaba para su hermano***

Quizás sea el momento de explicar sobre mis orígenes familiares. Mi abuelo paterno, de nombre Diego, era *costero* del colegio de Campano; un colegio muy grande llevado por religiosos salesianos, que todavía existe. Él iba diariamente al pueblo con un carro y un borrico a hacer la compra diaria del *costo* que necesitaban en el colegio, y por eso le decían *costero*.

Sus hijos varones fueron Ángel, Diego, Rafael (mi padre) y Manolo (el más chico); y tuvo una hembra que se llamaba Carmen. A sus hijos les llamaron *costeros*, por el oficio de su padre. Mi tío Manolo, a quien llamaban Finito por su delgadez, murió muy joven. Mi padre nació en el año 1908.

Diego se casó con Rosario y Ángel con Juana. Rosario y Juana eran hijas de una mujer conocida en Chiclana como “la Vieja la Mónica”, que tenía una carnicería y además hacía la matanza para otras carnicerías. A ellas las llamaban “las Mónicas”. Antiguamente había pocas carnicerías. Chiclana no era tierra de ganado; la mayor parte del cerdo (la carne que se consumía), se traía de fincas de Alcalá y Paterna. Aquí había gente que tenía su cochinerita en el campo o en su propia casa: era común tener una cuadra para las *bestias*, con un apartado para los cochinos. Los tres o cuatro cochinos que criaban los vendían al carnicero, o hacían su matanza una vez al año.

Después de morir mi abuela, murió mi abuelo. Al quedar mi padre huérfano, se fue muy joven a vivir con su hermano Diego a casa de su suegra en Chiclana. Los dos hermanos quedaron a cargo de la carnicería de la suegra. Además, mi tío Diego tenía terrenos en la parte de Campano, y viñas en la finca El Marquesado, a tres o cuatro kilómetros de Chiclana. Mi padre trabajaba en el campo de su hermano, como encargado.

Mi tío montó otra carnicería en la calle Huerta Chica (que actualmente se llama Sagasta), antes de llegar al antiguo puente. A él lo recuerdo siempre despachando en el negocio de la carnicería. Como había tan pocas carnicerías, venía la gente de San Fernando y de Cádiz en autobús a comprarle la carne y los *chicharrones*.

Cuando empezó la Guerra Civil, mi tío tuvo que ocultarse en el campo durante un tiempo. Mi padre se quedó al frente del negocio y de la matanza, con la ayuda de los hijos de Diego, que eran muy chicos. Él fue quien les enseñó los trabajos de carnicería, mientras que su madre despachaba.

Yo conviví mucho con mi padre. Él era incapaz de quitarle algo a su hermano. Era muy honrado y lo único que hacía era trabajar, en el campo los días buenos y en la carnicería los días de lluvia; con la ilusión de que su hermano le diera una viñita. Pasó el tiempo y aquello quedó en la simple promesa. A mí me daba mucho coraje la inocencia de mi padre.

Recuerdo que un verano mi padre se clavó un *rodrigón* en el pie. Entonces cualquier pequeña infección o accidente podía suponer un gran problema. Era hacia el año 1945, cuando la penicilina estaba en pleno auge, y en una farmacia cercana muy reconocida, ante cualquier herida nos decían, “Ponle penicilina”.

La penicilina daba muy buen resultado, ¡Pero un tarrito chico costaba una millonada! Y no valía para todo: aunque la inflamación del pie bajaba en cuanto se aplicaba, volvía con mayor fuerza al cabo de los días. Después de hacer el gasto e intentarlo varias veces, mi padre fue a la Residencia de Cádiz (como llamamos a la sanidad pública). Con unos polvitos muy baratos (creo que se llamaban Sulfatiazol) se le curó<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> El Sulfatiazol es un medicamento antimicrobiano sintetizado en laboratorio, del grupo de las sulfamidas. La elaboración de las sulfamidas fue hallada por Domegk en 1936. Unos años después, en 1941, Fleming descubrió la penicilina. En España no se extendió su comercialización hasta mediados de los años cuarenta y no se fabricaría hasta 1951.

Entonces un trabajador nunca llegaba a ahorrar dinero, y quien realmente hacía frente a este tipo de gastos era mi tío. Luego lo tenía muy en cuenta: cuando se acercaba la primavera, durante tres meses y hasta la Feria de junio, nos teníamos que quedar mi padre y yo a dormir en los campos, pues había que aprovechar todas las horas de trabajo desde que amanecía hasta que se ponía el sol. A esto le decían “echar ratos y peonás”. Estábamos a cinco kilómetros del pueblo, a donde regresábamos un día a la semana. No teníamos agua para lavarnos y para comer preparábamos allí mismo las papas guisadas.

En aquel tiempo, se ganaba el día que trabajabas; y si no podías salir a trabajar no ganabas. Los inviernos de aquellos años eran de mucha lluvia. Había muchos días que me ponía detrás del *serón* de la *bestia* para aguantar el porrazo de agua. Ya cuando eran las tres de la tarde, chorreando, *arreció* perdido y sin haber podido echar una hora de trabajo, me decía mi padre: “Hijo, parece que no va a escampar; vámonos”.

El día que no salíamos al campo, íbamos al despacho de carne de mi tío y esperábamos una o dos horas, hasta que a él le parecía que era el momento de darnos dos pesetas. Y siempre nos recordaba que tendríamos que compensarle con más horas de trabajo cuando acabasen las lluvias.

Algunos días de lluvia, mi padre y yo íbamos al *trabajadero* o *corralón*, una casa que había enfrente de la carnicería donde se elaboraban los embutidos. Tenía un patio muy grande, habitaciones vacías y una buena chimenea para cocer la *butifarra*. Yo estaba deseando ir para coger un trozo de *chicharrones* o lo que pudiera. En la carnicería siempre se *escapaba* mejor que en el campo, donde lo más que podías esperar era tropezar con una piedra o recibir un leñazo de una cepa.

Entonces no había frutas ni verduras fuera de la época. La carne que se comía era de cerdo, cuando se podía, y no se tomaba en filete o solomillo sino en trocitos y con mucho garbanzo o mucha papa. Uno de los guisos que se hacían para engañar el hambre se llamaba “papas como con carne”, y lo que tenían las papas era un poco de laurel. “Como con carne”, decían, pero no podíamos permitirnos echar carne al guiso.

Mi padre hacía muy bien la matanza y los *chicharrones*, y tenía mucha fama. Yo le decía, “Papá, ¿por qué no montamos nosotros una carnicería?”. “Hijo, tenemos ahí a Lucas Parrado y a Gómez, que están en mejor sitio que nosotros; si montamos en la mitad de la calle, estos dos monstruos no nos van a dejar vivir” (ellos estaban en dos esquinas de la calle de La Almendrá, donde vivíamos).

Una de las peores cosas de la dictadura, aparte de las normas, obligaciones y de la severidad, era que no te daban opción. Eliminaban a aquel que se quería salir del tiesto y mejorar. Hoy, cualquier persona que quiere montar un negocio tiene la oportunidad de probar. En esos años tú no eras nada; sólo importaban ellos, y había que hacer lo que quisieran.

Le insistí mucho a mi padre, y a inicios de los años cincuenta abrimos un despacho de carne en nuestra casa. Comprábamos el ganado, se llevaba al matadero, se transportaba en camión a casa y allí se deshuesaba y se hacía la *chacina*: la *manteca colorá*, la *butifarra*, la morcilla y los *chicharrones*.

Aguantamos sólo un año o dos. Como ellos tenían comestibles y almacén, consiguieron hundirnos poniendo la carne a menos precio; lo que nosotros no podíamos hacer. La gente le dejaba a mi padre muchas *trampas* (así llamamos a las deudas). ¡Pero al menos nos pudimos hartar con la carne que no se vendía!

### *Mi abuela fue muy emprendedora*

A veces iba a casa de mi abuela materna, Catalina González, que vivía algo más abajo que nosotros, a darle un besito y a ver si me daba dos *reales*. Ella se casó dos veces, pero yo no conocí a sus maridos. En Chiclana todo el mundo la conocía por “Catalina la de los bizcochos”, o “Catalina la Bizcochera”, porque tenía un despacho de bizcochos cerca de la plaza de abastos. Los amasaba ella misma y estaban muy buenos, con sus almen-dritas por encima. Tenían forma de *telera* grande, que cortaba luego en rebanadas.

### Mari Carmen García, hermana de Diego García, explica sobre su abuela Catalina

Mi abuela Catalina era una mujer muy emprendedora en el trabajo y muy luchadora. Yo la recuerdo como una señorota muy grande y robusta, con un gran delantal, que se levantaba por la mañana muy temprano para hacer el *amasijo*. Cocía los bizcochos y rosquetes en el horno de leña de un tal Currín, y los llevaba en dos grandes cestos al mercado. En el mismo puesto vendía los bizcochos, cigarros sueltos o en cuarterones (que preparaba previamente), y canastos que ella misma tejía.

Con el mismo dinero que obtenía de la bizcochería llevaba un negocio de *ditas* o préstamos. Ella siempre tenía una libreta encima de la mesa; llegaba una mujer, le devolvía dos *reales* y mi abuela lo apuntaba. Si veía que le faltaba poco para acabar la cuenta, le preguntaba “¿Qué cantidad te hace falta?” y le daba más dinero. Además, esa mujer se llevaba un pan, un bizcocho o un canasto de mi abuela, lo cual era otro modo de vender su mercancía. Aparte, Catalina daba limosna a las mujeres pobres que no tenían nada.

Cuando por la feria había toros, mi abuela alquilaba caballos con sus carrozas y llevaba a sus hijas vestidas de mantilla y peineta. Y si estábamos enfermas, venía a casa con una cajita de dulces. A nosotras nos alegraba el día, ya que estábamos locas por comerlos.

Según tenía dinero ahorrado, iba comprando. Compró casas para sus hijos y compró campos, que se los quedó su segundo marido. Mi hermano Diego ha salido a mi abuela: nunca ha tenido miedo de ir hacia adelante.

Catalina tuvo cuatro hembras y un varón: Mariana, Carmen, Maruja (mi madre), Juana y Manolo. Mariana y Carmen se casaron en Cádiz; y Juana, Manolo y mi madre se casaron en Chiclana. Desgraciadamente, ninguno vive ya; sólo me quedan algunos primos.



La hija más chica, Juana, se quedó con el despacho de bizcochos de Chiclana durante bastantes años, y por último sólo llevaba el negocio de las *ditas*. El marido de Mariana tenía un comercio de vajillas (como se llamaba entonces a los utensilios de la casa) y eso les permitió vivir bien.

A Carmen la conocí de viuda. Cuando el *estraperlo* venía a Chiclana y se cargaba de piezas de pan en una faja que tenía bajo el abrigo, para venderlas en Cádiz. También planchaba para los hoteles. Con mucho esfuerzo, Carmen sacó adelante a tres hijos: Antonio, Manolo y Juanita, que hoy tienen casi ochenta años. Con mis primos Manolo y Juanita he tenido más relación que con los demás. Juanita se casó con Manuel Gómez Campano, quien me dio la oportunidad de trabajar en la publicidad, como explicaré más adelante.

En mi casa éramos cuatro hembras y yo. Cuando mis padres se casaron mi madre, que había nacido en 1914, tendría unos diecinueve años y mi padre veinticinco. Mi hermana mayor es Isabel, que nació hacia 1933. Después nací yo, en 1936. Luego Lina, Manolita y por último Mari Carmen.

Yo recuerdo que a mi padre se lo llevaron una noche, acabada la guerra. Yo tenía dos o tres años y mi padre tendría treinta y uno. Tengo en la memoria una imagen muy vaga pero no se me olvida el drama: mi madre cogida a mi padre y nosotros alrededor llorando, pensando que no lo íbamos a ver más. En aquellos tiempos, cuando sacaban a un hombre así de su casa era muy raro que volviera.

Cuando se enteró la abuela Catalina, fue corriendo a donde le tenían y demostró que se trataba de una confusión. Mi padre tenía en esas fechas un bar en la plaza Mayor: se llamaba La Tienda del Caballo y se lo había pasado un tal Jarillo, de nombre Rafael, que era a quien buscaban. Cuando iban a por alguien no comprobaban su identidad; y si después se sabía que era un error lo soltaban sin disculpas y listo. Mi padre de aquello no hablaba y nosotros nunca le preguntamos.

### *Lo que veíamos era mucha tristeza*

Vivíamos alquilados en una pequeña vivienda en la calle Huerta Chica (ahora Sagasta), que daba a un patio común, con una cocina que se compartía con otros vecinos. En el año de la explosión de Cádiz (1947) nos trasladamos a una casa que mi abuela Catalina había dejado a mi madre y a su hermano Manolo, situada en la calle de La Almendrá (Ramón y Cajal actual)<sup>3</sup>.

Recuerdo lo que sufría mi madre, la pobre, con las pocas comodidades que había. En su mano siempre aquel *soplaor* para avivar la *candela*, y la mitad de las veces sólo le quedaba el rabo. Vivíamos sin luz eléctrica y sin agua corriente, guisando con carbón y alumbrándonos con *reverberos* de petróleo.

Había muchos pozos en Chiclana y entonces llovía mucho, pero no todos eran de agua *dulce* (como le decían al agua bebible). Para lavarnos y para lavar la ropa cogíamos del pozo del patio. A veces mi madre calentaba un poco el agua en la *candela*. Primeramente nos lavaba la cara a todos, después pasábamos para lavarnos las manos y así poco a poco todo lo que tocaba lavarse, sin cambiar el agua.

Los aguadores vendían por las calles agua *dulce* de los pozos. La llevaban en un bombo sobre el carro, tirado por una *bestia*; y te llenaban la tinaja de casa con un jarro. Con el jarrito del agua, que le decíamos, bebíamos todos de ese agua. La vida era pura miseria.

Se comía mucho trigo molido y cocido, que le decíamos “arroz por cojones”. Yo iba con mis hermanas a molerlo a donde un vecino. Y para que te tocara comer un huevo, tenías que estar enfermo. Estábamos deseosos de todo.

---

<sup>3</sup> La noche del 18 de agosto de 1947 explotó un depósito de minas de la base militar de defensas submarinas. Estaban almacenadas en exceso, sin condiciones de seguridad y junto a una ciudad. La explosión pudo observarse desde una distancia de 100 kilómetros y provocó alrededor de 152 muertos, miles de heridos y centenares de viviendas destruidas.



*Esta foto la tomé hacia 1966 en la calle Sor Ángela de la Cruz, la primera vez que regresé de Bélgica. Junto a mi mujer está una amiga belga que se había venido ese año con nosotros. Estamos apoyados en nuestro cuatro ele, con los cubos para ir a la calle de la Luna, perpendicular a Sor Ángela, donde había un pozo con agua dulce. Delante hay una bicicleta y dos bestias con sus serones de esparto. Todavía no había calles ni alcantarillado (en febrero de 1968 se inauguró el abastecimiento de aguas en Chiclana).*

En la mesa, mis hermanas y yo nos peleábamos por el pedacito de pan que tenía pico, porque nos parecía a nosotros que era más grande. Yo tenía muy buen entendimiento con ellas. Entonces se decía, “En mi casa no se come, ¡pero nos reímos más...!”

## El trigo cocido

El trigo cocido fue una comida muy extendida en algunas zonas durante la posguerra, por la gran escasez de otros alimentos. Era llamado también “arroz de Franco”, pues se elabora como un arroz y tiene aspecto parecido; y se consideraba que Franco era responsable de la hambruna que forzaba al pueblo a tomar trigo por arroz.

Para prepararlo se hace un refrito con aceite de oliva, cebolla y ajo picado, pimiento molido, azafrán y sal. Se añade después el agua y cuando hierve se echa el trigo remojado.

Había un señor llamado Vicente que sacaba su dinero vendiendo *moniatos* (o boniatos). Los ponía a cocer en unas ollas muy grandes en la calle y todos los chiquillos andábamos como moscas a su alrededor, deseando comprarle uno: “Vicente, ¡mira a ver si están ya buenos!”.

En los tiempos del racionamiento cada familia tenía asignada una lista de productos y cantidades. El control del sistema era muy fuerte y a veces no parecía tener sentido alguno: para que nos dieran el jabón, por obligación teníamos que comprar la cantidad de papas que nos correspondía, aunque ya teníamos papas de mi tío y no las necesitábamos.

Muchos hombres recogían las colillas, las abrían, echaban los restitos de tabaco en un papelillo y lo liaban para fumárselo. Era muy triste ver a aquellos señoritos y tanta miseria detrás, a la que no eran sensibles. Recientemente he viajado a Marruecos y he comprobado que ese país sigue como estaba España hace sesenta años, lo que me ha dado mucha pena.

Cuando tenía seis o siete años iba a una escuela de monjas a la que llamaban El Hospitalito, porque tenían allí un hospital donde atendían a la gente y hacían pequeñas curas. Después fui a una escuela pública, donde sólo estuve un año o dos, hasta que empecé a trabajar en el campo. Don Alejandro era el maestro. Él no era muy alto, gracias a Dios, ¡porque te pegaba cada castañazo! Entonces no se miraba si eso estaba mal; te pegaban y ya está.

Recuerdo que a la salida todos íbamos mirando al suelo a ver si nos encontrábamos una cáscara de plátano o alguna cosa que pudiéramos masticar. Las puertas de las casas se dejaban abiertas y nos robábamos entre nosotros cualquier cosilla. Al entrar en casa, más de una vez me encontré a un chiquillo subido a una silla, colgando la bolsa del pan en su sitio tras haber rebuscado restos de pan duro.

A inicios de los años cuarenta mi padre tuvo un *percance* cuando traía un camión de cerdos desde la zona de Paterna. Volcó el camión, él quedó abajo, se partió varias costillas y estuvo unos años lesionado de la columna vertebral. Se operó después, pero le quedó un daño crónico.

Esto se sumó a la situación de mi madre. Desde que yo llevaba pantalón corto; o sea, desde que tuve uso de razón y me daba cuenta de las cosas, supe que mi madre sufría de los nervios. Hoy se le dice depresión. Yo la recuerdo con la mirada fija en un punto, trastornada...

Ella había estado muy enferma de los riñones, y por algún motivo le aconsejaron operarse de la garganta. Entonces no estaba la medicina como ahora: quedó muy mal y tuvo una anemia muy grave<sup>4</sup>. Se llevó dos o tres años con la mente perdida. No sabía nuestro nombre: a mí me llamaba “el gordito” y a mi padre “el menudo”.

A ella también le afectó mucho un conflicto con mi tío Diego: hacia 1942, cuando la elaboración y venta de la harina y el pan estaban racionados, él quiso hacer una reserva de trigo y lo escondió en una habitación de la casa de mi padre. Por la noche, a escondidas, sacaba de nuestra casa un saco de trigo y lo llevaba a moler. Mi padre admitió aquello porque se sentía agradecido a su hermano, que nos daba trabajo; pero mi madre no lo veía justo. En casa había una habitación llena de trigo, nosotros no teníamos para un bocado de pan y a mi tío no le faltaba.

---

<sup>4</sup> Los riñones tienen relación con el metabolismo del hierro, y unos niveles bajos de hierro indican anemia.



Una prima de mi madre tenía una panadería y yo recuerdo que se le antojó una mesita de noche que teníamos en casa. Como estábamos necesitados de pan, mi madre se le regaló a cambio de dos *teleras*. ¡Aquel día nos pusimos morados!

El trigo escondido, para mayor complicación se apolilló; y con ello todos los muebles de la casa. Al final se enteraron, vino a buscarla la policía y mi madre intentó esconder los sacos en la parte de arriba de la casa... Todo esto le provocó un disgusto muy grande con la familia de mi padre.

A ella la recuerdo corriendo y nerviosa, porque quizás se había dado cuenta de que se le hacía tarde para preparar el almuerzo... O caminando por la calle sin mirar a ningún lado, encerrada en si misma. Sus buenos momentos fueron después, con los nietos: viéndoles subidos encima de la mesa, jugando a tirarse cáscaras de frutas.

Todo esto resultaba muy duro para mi padre. A ninguno de los dos recuerdo haberlos visto reír o disfrutar de momentos buenos. Para ellos, la vida era un calvario, y lo que veíamos nosotros era mucha tristeza. Yo era un chaval muy alegre, con muchas ganas de vivir, de cantar, bailar y divertirme, pero las circunstancias de la vida y la enfermedad de mi madre me hicieron cambiar. Estaba deseando acabar el trabajo y hacer los cinco kilómetros de regreso del campo para ver cómo estaba ella (porque no había teléfonos).

Mi madre murió en 1982, con sesenta y ocho años. Sus últimos días ya ella no controlaba sus necesidades y tenía fiebre. Como en su vida había tenido tantas enfermedades, tardamos en darnos cuenta; era meningitis. Como en el hospital la entubaron, ella hacía señas para pedir que le quitaran las gomas. Sufrió mucho, la pobre; y eso jamás se olvida.

Mi padre tuvo un problema de próstata, pero no le provocaba molestias y le permitió vivir bastantes años. Sus últimos años estuvo muy bien cuidado por mi hermana mayor, Isabel. Murió con ochenta y tres años, en 1991. Yo tenía cogida su mano cuando abrió los ojos, los movió como si estuviera vislumbrando algo, y ahí se quedó.

### *Salíamos adelante con pequeñas cositas*

En aquella época, muchas mujeres trabajaban sirviéndoles a los señoritos (se le llamaba “la sirvienta” o “la muchacha”) o bien en el campo. Desde que se casó, mi madre sólo trabajó en casa y criando a sus hijos. También cosía para la calle, cuando podía. Ella te hacía un remiendo en el pantalón con un mimo, que parecía el propio tejido del pantalón.

En los años cincuenta dos hermanas mías, que tenían entre diez y quince años, comenzaron a trabajar de noche repartiendo leche por las casas. Había mucha gente que tenía una huerta y tres o cuatro vacas. Los vaqueros ordeñaban y traían su leche en jarras en la bicicleta y las chiquillas la repartían en botellas por las casas.

Mari Carmen estuvo cosiéndole a Marín, que tenía una fábrica de muñecas en Chiclana. Muchas chicas trabajaban para Marín, cada una en su casa: se llevaban las partidas de piezas y telas para los trajecitos y echaban horas cosiendo y montando muñecas.

#### **La fábrica de muñecas Marín**

Pepe Marín (José Marín Verdugo) nació en 1903 y abrió su primer taller artesanal de muñecas en Chiclana en 1928. Sus tradicionales muñecas regionales, muy populares en los años sesenta como recuerdo folclórico, estaban en las tiendas de regalos de toda España. Con el tiempo, Pepe Marín fundó Juguetes Marín. La empresa actual está a cargo de un hijo.

En un principio fueron exclusivamente flamencas y después ampliarían los diseños a trajes locales y otros productos. Durante la Guerra Civil, como Chiclana estaba ocupada por los militares golpistas, Marín fabricó también muñecos falangistas, requetés, legionarios y enfermeras. Las primeras muñecas eran de tela, rellenas de serrín; pasaron después a ser de escayola, de goma o caucho y, por último, de plástico.

I. La miseria del campo (1936 - 1951)  
*Calle Tesón*



*Mari Carmen, en el patio de La Almendr a,  
con mi hija Verónica. Es hacia 1966.*



### Mari Carmen García, hermana de Diego García, explica sobre sus trabajos

Yo soy diez años menor que mi hermano: nací en 1947. De chica veía a Diego muy gordo y muy guapo, y con mucho tesón por seguir aprendiendo de noche, después del trabajo, y avanzar. Él siempre procuraba traer dinero a casa, para que las demás pudiéramos salir adelante.

Como a mí me cogió otra época, sí pude ir a la escuela. Desde los diez años estaba haciendo mandados y cuentas, porque mi madre no podía (yo no entendía por qué estaba siempre mala). Tenía que ponerme a la cola para comprar el carbón o el atún en la plaza. Mi hermana Isabel y mi hermana Lina han cargado más con la casa y con el cuidado de mi madre. Hambre, no recuerdo yo haber pasado. Lina amasaba el pan y se llevaba al horno más cercano, y esa *telera* la tomábamos con un pringote de atún, que sabía a gloria.

El marido de Isabel trabajaba en el campo de su padre, donde tenía vacas lecheras. Le traía la leche por la tarde, ella las echaba por litros en jarras y nosotras las repartíamos y le traíamos el dinero a Isabel (aunque siempre nos quedábamos con algo). Su suegra le pagaba otra parte. Después me quedé yo repartiendo la leche con la hija mayor de Isabel.

Mi primer novio fue un hijo de Marín, y su madre empezó a darme trabajo para llevarme a casa. Desde que tenía dieciocho años estuve trabajando en la empresa de Marín. Él tenía personal en fábrica, pero le convenía tener muchísima gente trabajando fuera, porque estaban sin asegurar. Mi sobrina Inma y otra chavala trabajaban conmigo, y de lo que yo ganaba les daba un sueldo. La empresa nos daba las máquinas de coser industriales. Por la mañana traíamos los paquetes, nos poníamos a recortar, a preparar, envasar... y hacíamos doscientos o trescientos vestidos al día. Toda clase de vestidos.

Trabajé allí hasta 1989, cuando nació mi hija pequeña. Después he vendido ollas rápidas de marca alemana. Siempre he estado haciendo algo, porque soy así. Últimamente participo en varias asociaciones, y además me dedico a mis nietos.

Salíamos adelante con pequeñas cositas. Canito, el marido de mi tía Carmen (hermana de mi padre), tenía un *refino*; que era como llamaban a la mercería entonces. Algunas tardes iba con él en su bici a El Colorado (que está entre Chiclana y Conil), para vender por las casas encajes e hilos. Otras veces me ponía en la puerta de casa con una canasta de *higo tuna* que traía mi padre del campo, para venderlos. ¡Venga a pelar higos a las mujeres y a llenarme las manos de púas!

En los años cuarenta jugábamos a las bombas: hacíamos un boquete en los *chinos*, metíamos una lata con agua y una piedra de *carburo*, lo apretábamos bien y echábamos una cerilla encendida. ¡Aquello pegaba una explosión que no veas! Eran los juegos de entonces.

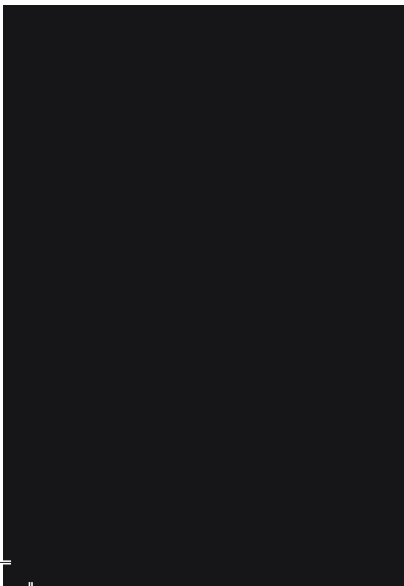
Por las noches, después de trabajar en el campo, mi padre me obligaba a ir a una escuela particular. Él siempre me decía, “El saber no ocupa lugar, hijo”. Había muchos maestros y maestras que enseñaban a diez o doce niños en su casa, y cobraban por día. Tenían una formación muy básica: sabían las cuatro reglas, algo de problemas y poco más.

Mientras vivía en Huerta Chica estuve estudiando con Capricho y con Diego Raelito, que vivían cerca de nosotros. Cuando en 1947 nos trasladamos a la calle de La Almendrá, estuve en la escuela de Pacheco, llamada “Los Carriles”. No sé si yo era torpe o no le ponía interés; de cualquier modo, mi padre dedicó muchas horas de noche a corregirme y me pegó buenos coscorriones para que yo me acordara de las letras.

La cultura escolar que yo tengo es mínima y con ella me he defendido. He sufrido mucho por no haber tenido más formación y he tratado de aprender de mi propia experiencia y de leer mucho. Como dice el refrán “Más estudia un necesitado que un abogado”. Yo pienso que los refranes no fallan, porque los ha hecho la gente a partir de la experiencia de muchas generaciones; por eso los tengo en cuenta y se los repito a mis hijas con frecuencia.



## **II.** **TRABAJANDO EN LA CONSTRUCCIÓN** *(1951 - 1961)*



## CONTENIDOS

*Seguí haciendo los trabajos más duros*  
*Quería aprender el oficio de albañil*  
*En la mili todavía se pasaba hambre*  
*Sólo estaba preocupado por mis padres*

### ***Seguí haciendo los trabajos más duros***

Todos mis tíos de Chiclana tenían buena posición, tanto por parte de mi padre como de mi madre. El que estaba en peor situación económica era mi padre. Mis primos heredaron la carnicería y campos de su padre, y quien quiso pudo hacer carrera. Eso en aquel tiempo era un privilegio y una oportunidad. Hoy mi situación no la cambio por la de ninguno de mi familia, pero yo de pequeño decía, “Dios mío, ¿por qué nos ha tocado ser la oveja negra de la familia?”. Y al ver la miseria en el campo, más de una vez tiré la azada de la rabia que me daba: “¿Por qué la vida es tan injusta?”.

Pasó el tiempo. Yo era adulto para trabajar y para tener novia, pero a la vez seguía siendo un niño que iba a la escuela por las noches, o que después de salir con mi novia jugaba a salto pared, a piola, a la ventana o a “tú la llevas”. La calle no era de los vehículos: la calle era de los niños. La primera vez que yo vi un coche, me pareció un avión. ¡Ya ha llovido y ha hecho Levante desde entonces...!<sup>5</sup>.

Todo mi afán era ganar dinero para salir de aquella pobreza; conseguir algo más que ir al trabajo todos los días para ganarme el *costo*. Con quince años ya empecé a dejar el campo. Hacia 1951 trabajé en una fábrica de *palma* en Chiclana, con unas máquinas peligrosísimas: se trataba de unos cilindros con pinchos o dientes en su interior, donde había que meter los manojos de *palma* para abrirla y *ripiarla*. El hilo resultante se dejaba secar y después se pasaba por otra máquina con un gancho giratorio que iba trenzando y formando una especie de sogá. Era un trabajo muy arriesgado y muy asqueroso. Más de uno se dejó los dedos allí.

A esa fibra también la llamábamos *esparto*, aunque no era esa planta. Con ella se hacían las suelas de las alpargatas, los rollos de estropajo para fregar suelos y platos, etcétera. Recuerdo que mi madre me mandaba a la ermita de Santa Ana a por cubos de una arena amarilla, que era la que se usaba para fregar las ollas cuando se quedaban tostadas por fuera debido al carbón<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> El Levante es un viento de dirección predominante este oeste, que en esta zona sopla frecuentemente y con fuerza.

<sup>6</sup> Posiblemente se trataba de un limo arenoso, que combina la capacidad desengrasante del limo con el efecto abrasivo de la arena.





*Trabajando en la fábrica de palma. Yo soy el de la izquierda, con gorra. El de la derecha del todo es Pepe Chaves. Los demás trabajadores habían venido junto a los dueños de la fábrica de otra parte de Andalucía.*

¿Qué otra posibilidad laboral teníamos en la zona de Chiclana? Las salinas, las canteras y las carreteras; trabajos muy duros, pues entonces no había maquinaria. Mi siguiente trabajo fue en un tramo de carretera de Chiclana a Conil. Usábamos una pequeña maza llamada *porrino*. Rellenábamos los huecos entre las piedras grandes con, y las partíamos sujetando la piedra con el pie y dándole un golpe con el *porrino*.

Trabajé después en unas canteras de El Puerto de Santa María, en la Sierra de San Cristóbal, a veinticinco kilómetros de Chiclana. La piedra que sacábamos se llevaba para la construcción de carreteras. Había que quedarse a dormir, en unas chozas de chapa con camastros, y cada quince días tomábamos un camión que iba hacia Chiclana y cambiábamos de muda.

En parte del terreno donde estaba la cantera hay ahora un parque acuático (Aqualand); y el otro lado se ha conservado como museo de la propia cantera<sup>7</sup>.

### *Quería aprender el oficio de albañil*

Hubo en esos años un ministro de Trabajo que nos puso una paguita extra. A este ministro le retiraron y no volvimos a tener pagas extras hasta muchos años después. La cuestión es que con ese dinerito me compré una bicicleta de segunda mano que no valía nada, pero me hizo el *avío*. Con esta bicicleta ya me atreví a ir a San Fernando para trabajar como peón en la construcción; y así dejar los otros trabajos duros. Tenía dieciséis años y fui con mi padre y con Diego Suazo, un señor que me conoce desde chiquillo, cuando trabajaba con nosotros en el campo y él me subía al borrico. Tiene ahora ochenta y ocho años.

A mi tío le molestó mucho que su hermano dejara de trabajar con él. Yo le decía a mi padre, “¡No seas tonto! Del campo, ¿qué podemos esperar, aparte de necesidad y hambre?”. Entonces los capataces de las viñas decían de los que íbamos a trabajar a otros sitios: “¡Ya volverán a pedirme trabajo los maleantes de carreteras estos!”. Esa era su mentalidad.

En 1952 estuve con un tal Arturo Redondo Bermejo en San Fernando. Fue la primera vez que me dieron de alta en un trabajo; en la fábrica de *palma*, en las carreteras y en la cantera no me habían declarado.

Ya en 1953 fuimos a la empresa Pérez Vega; don Alfredo Naves se llamaba el jefe, y era asturiano. Estuvimos haciendo una de las primeras urbanizaciones de San Fernando. Había que cavar a mano las zanjas de cimentación; con diecisiete años, ¡yo no me veía en una zanja de dos metros de altura! Y la única herramienta que teníamos eran *piochas* para cavar y palas para sacar la tierra.

---

<sup>7</sup> Las canteras de arenisca de la Sierra de San Cristóbal, en El Puerto de Santa María, son uno de los lugares más representativos del patrimonio industrial de Andalucía. Aportaron la piedra para muchos edificios de las ciudades cercanas entre los siglos XVI y XVIII, que se transportaba a Sevilla en barco por el río Guadalquivir. En ellas también se ubica un polvorín del ejército, a donde se trasladó el armamento que había quedado tras la explosión del depósito de Cádiz en 1947.

Un día le dije a mi jefe, “Mire don Alfredo, yo quisiera que en cuanto entre un albañil me ponga con él, porque quiero aprender”. El hombre me lo prometió y cumplió. En cuanto estuvo la estructura hecha, yo me quedaba por la tarde para coger el *palaustre* y empezar a manejarlo. Ponía ladrillo a ladrillo y si me quedaba torcido lo quitaba luego todo.

Don Alfredo, que ya ha fallecido, era un hombre muy recto y se portó muy bien conmigo. Hace pocos años tuvimos un encuentro emotivo en la puerta de mi empresa. Anteriormente habíamos coincidido en algún restaurante, donde intercambiábamos algunas palabras sin dar detalle de nuestras actividades. Cuando me vio en la empresa, Alfredo me preguntó, “¿Qué haces tú por aquí?”. Al escuchar que era el dueño de Digavasa y saber de mi recorrido, se quedó de piedra y se alegró sobremanera.

Unos años después, Lorenzo y Diego, unos chiclaneros que trabajaban por su cuenta a quienes les decían “los Mota”, me dieron la oportunidad de pasar de San Fernando a Cádiz. De Chiclana hasta Cádiz, a las seis de la mañana ya había una cadena de bicicletas, veinticuatro kilómetros para acá y veinticuatro para allá; todos encogidos por el frío. Y de noche era todo un alumbrado de bicicletas. Entonces en las carreteras había bicis, carros y *bestias*, y era raro ver un camión<sup>8</sup>.

En invierno poníamos las esquinas de los sacos de cemento en el manillar de la bici, para proteger las manos; y los mismos sacos o periódicos viejos en el pecho. Si tenías la lluvia o el Levante de cara, en vez de una hora echabas hora y media o dos en llegar.

A los bloques que hicimos les decían Trille, y ya se han sustituido por una barriada nueva. Diego Mota empezó a trabajar como *destajista* y me admitió como *cuchara*, que se le decía al ayudante. Con los Mota aprendí a manejar bien la herramienta. Entonces no había escuelas de formación profesional; tenía que aprender el nuevo oficio privándome de almorzar.

---

<sup>8</sup> En España las primeras bicicletas se empezaron a construir a primeros del siglo XX, fundamentalmente en Eibar (Guipúzcoa). La presencia de la bicicleta en España decreció a medida que se introducía el coche. En la década de los sesenta la producción de turismos alcanzó a la de bicicletas; y con el desarrollismo posterior, el coche desplazó a la bicicleta, al tranvía y a los peatones.



En ese tiempo de descanso le decía al que alicataba por cuenta propia: “Prepárame un cuarto de baño. Si no lo hago bien lo tiro y lo limpio antes de que llegue de vuelta el oficial”.

En una ocasión me pidió hacer un enrasillado o empalomado en bóveda. Aunque yo nunca lo había visto hacer, lo intenté con toda mi buena voluntad. El trabajo cedió por los laterales, me echó una bronca y yo regresé a Chiclana dolido y llorando. Pasados unos días, cuando fui para que me hiciera la cuenta me dijo, “La cuenta no te la doy; ahí tienes el trabajo esperándote. Yo no te he despedido”. Me llegó a lo más hondo.

Había días que salía de allí en la bicicleta a las diez de la noche y llegaba a las once. En esas ocasiones no podía ver a mi novia ni un rato; corriendo a casa para cenar y acostarme, porque el día siguiente tenía que levantarme otra vez a las seis. Eso sí, ella estaba orgullosa de mí, porque entonces un albañil con su metro en el cinto chuleaba y era envidiado.

Como todo mi interés era ganar dinero, aprovechaba los viajes a Cádiz en bicicleta para llevar en el *serón* garrafas de vino fino de Chiclana, y venderlo en las obras a la hora del almuerzo. En verano y otoño, con la temporada de los tomates, la uva o los higos, los chavales que podíamos hartarnos de fruta nos poníamos gordos. En esos meses cargaba la bicicleta de higos chumbos o de melones para vender en Cádiz, y ganaba más vendiendo que en la obra. Me decía, “¡Ya tendré tiempo de coger el *pa-laustre!*”. A veces traía aceite, porque en Cádiz estaba un poco más barato que en Chiclana. Llegué a hacer más de cien kilómetros al día, cuando iba dos veces a Cádiz.

Los guardias casi siempre te hacían la vista gorda, por la miseria que había. Algún día te quitaban la carga, para justificarse. O te ponías a llorarle al guardia para que te dejara seguir. Una vez me cogían y otras veces *escapaba* bien; y así me defendía.

Mucha gente trabajaba en los astilleros Bazán, una empresa del Estado creada en 1947, con miles de empleado, donde trabajaban medio día (de ocho a dos)s. Quien estaba en la Bazán era un niño bonito, que presumía de cobrar bien y de llevarse a las muchachas más guapas; porque antes se

miraba mucho eso. La primera vez que entré en esta empresa con ocasión de hacer un trabajo de cerramientos de chapa me quedé asombrado de ver tantísima gente pegada a la cafetera, ¡parecía que tenía imán!

Chiclana era entonces un pueblo donde sólo había viñas, salinas y canteras; y nosotros éramos considerados “los *catetos* del campo”. Los *cañailas* (así se llamaba a los de San Fernando) eran los primeros que se cachondeaban de nosotros. Si había trabajo en la construcción, se lo daban antes a un chiclanero que a uno de San Fernando o de Cádiz, porque decían que éramos muy brutos y muy trabajadores.

Y a partir de “chiclaneros brutos” como yo, simples trabajadores sin estudios, decididos y con ambición, ha salido adelante el pueblo de Cádiz que más empresas tiene. Hay muchísimas personas en Chiclana que han hecho una empresa importante de la nada: Polanco, Millán e Higinio Cieza son tres ejemplos<sup>9</sup>.

### *En la mili todavía se pasaba hambre*

En agosto de 1957, cuando ya me sentía yo encauzado e ilusionado con la albañilería, se me vino encima la mili. Tenía en casa una situación horrorosa: mi padre enfermo de la espalda y mi madre con su estado de nervios. Tuve que dejar el trabajo que tenía en Cádiz con un tal Miguel Pla para irme a vaguear (que es lo que se hacía en la mili). Esto supuso un verdadero parón en mi vida.

Quien tenía dinero y mandaba a sus hijos a estudiar, también podía pagar para librarlos de la mili; los demás teníamos que ir, sin importar las circunstancias familiares. “Tanto tienes, tanto vales” es una verdad muy grande. Mis primos hicieron el periodo de instrucción, firmaron y no fueron más. Los tres que mandaban en la nación eran el clero, los militares y el capital; los militares, el capital y el clero.

---

<sup>9</sup> En 2007 había en Chiclana 4.500 empresas de menos de cinco empleados, 600 de menos de veinte y 150 empresas de más de veinte empleados. La Asociación de Empresarios de Chiclana cuenta con unos 400 socios.

El rancho de la mili lo comíamos con deseo, ¡y mira que era malo! Entonces todavía se pasaba hambre en casi toda España, y yo me salvé gracias al *gofio*. La posguerra fue dura y larga<sup>10</sup>. En una ocasión cocinamos un gato que andaba por la cocina, que tenía un lomo buenísimo. Había un sargento a quien llamaban Látigo Negro, porque te pegaba cada ostia que dabas unas pocas de vueltas. Este sargento llegó a simpatizar con algunos de la primera compañía y se arrepintió de algunas cosas que nos había hecho. El día del gato, hasta él probó su carne.

En ese tiempo todavía había un conflicto en Sidi Ifni y mandaban a la gente para allá. Yo pensé en irme junto a otros compañeros, aunque me arriesgara a entregar el pellejo, porque decían que allí se comía mejor. Al final no fui, porque los mismos jefes nos convencieron de que aquello era muy peligroso<sup>11</sup>.

Cada mes ponían un brigada de cocina diferente. A quien le tocaba trataba de robar lo que podía: cocinaban a cual peor, y ponían pan del año anterior para ahorrarse el gasto. Estuvimos bastante tiempo comiendo unos panes sin sal hechos para enviar a Sidi Ifni, que se habían quedado mohosos. Una vez nos pusimos de acuerdo y tiramos el pan hacia arriba todos a la vez. Al caer contra la mesa salió una nube de polvillo verde, del moho que tenía. Nos metieron en el calabozo.

---

<sup>10</sup> Paul Preston explica en su libro “Franco, Caudillo de España” (Barcelona, 1994) que hasta mediados de la década de 1950 la renta per cápita no recuperó en España los niveles que tenía en 1936; y el mercado negro y la corrupción permanecían como rasgos destacados de la economía española.

<sup>11</sup> La guerra de Sidi Ifni, entre octubre de 1957 y abril de 1958, se encuadra en la descolonización de África. Enfrentó a fuerzas española y francesas con marroquíes en la disputa por el control de Ifni y Tarfaya, entonces bajo administración española. Se desplazaron a Ifni cuatro banderas de la Legión, una bandera paracaidista y un regimiento de infantería. Al final de esta guerra España entregó a Marruecos la zona de Tarfaya; Ifni en 1969 y el Sáhara español en 1975.

### ***Sólo estaba preocupado por mis padres***

Me hice cabo a los pocos meses, en la primera compañía de transmisiones. Allí había un noventa por ciento de analfabetos, y quien sabía leer y escribir enseguida se hacía cabo. Si además tenías los estudios primarios, era fácil hacer una carrera militar y llegar a sargento o a brigada. Yo no quería aquello; estaba deseando cumplir y venirme cuanto antes para ayudar en mi casa. En la mili me enamoré de una chica. Me gustaba mucho y pensé en quedarme con ella, pues mis amistades militares podían colocarme en la refinería de Tenerife. Pero no me veía capaz de separarme de mis padres.

Tuve la suerte de simpatizar con un capitán de la provincia llamado Higravides y con el teniente Waldo, un abogado de Cádiz que me recomendó a un tío suyo que era médico, para ver a mi madre. Las dos veces que pude venir a Chiclana la llevé donde él.

Como yo me defendía con las herramientas de albañilería, hacía muchos *chapuces* a este teniente y al comandante Gato. También hice guardias en el castillo, con lo que pude mandar algo de dinero a mis padres.

Vine alguna vez de permiso a casa, pues me permitían pasar en el barco aprovechando el viaje de los veteranos licenciados, que por ser militares casi no pagaban. Como en Canarias el tabaco rubio estaba muy barato, compré tabaco de *estraperlo* y lo vendí en Cádiz a los pudientes que se lo podían permitir. Así devolví el dinero que me prestó uno de los tenientes y me pagué el pasaje de regreso a Canarias.

Recuerdo que uno de los permisos por Navidad coincidió unas lluvias tremendas, lo que empeoraba aún más la situación en mi casa. La noche que me desembarcaron en Cádiz tuve que dormir en un banco de la plaza de Candelaria, porque era muy tarde para pedir alojamiento donde mi familia.

Por fin me licencié, en julio de 1959. Cuando regresé de la mili, en mi pueblo no me reconocían como albañil sino como trabajador del campo, porque fue en San Fernando y en Cádiz donde aprendí el oficio. Así que tenía que estar rogándoles.

Fui a pedir trabajo a un contratista de Chiclana llamado Juan Cano, que todavía vive, y a Charlot, su socio. Estaban haciendo una tapia por delante del campo de fútbol, que se la llevó la riada del año 1965<sup>12</sup>. Les propuse demostrarles mi experiencia sin cobrar, y se quedaron impresionados al ver cómo levantaba el muro y cómo enfoscaba. Hoy la mayoría de la gente prefiere no destacarse y evitar asumir la responsabilidad de hacer un buen trabajo; yo tenía que tratar de ser siempre el mejor para conseguir trabajo.

---

<sup>12</sup> El 19 de octubre de 1965, el río Iro se desbordó a su paso por Chiclana y provocó la inundación de una parte del pueblo. Esto supuso un gran desastre en daños personales y de viviendas.

II. Trabajando en la construcción (1951 - 1961)  
Calle Tesón



En el servicio militar, en un bar de un pueblo llamado La Cuesta. De los dos con uniforme, yo soy el de la izquierda y el de la derecha es Luis Berraquero, de Sevilla.

Unidad *7.º*, *mixta*, *pequeña*.....

El titular de esta cartilla pertenece al grupo sanguíneo:

**A**

*P. a. Cuesta de Rioja* de *1929*.....  
El *Dr. J. M. Madro* médico.

Orden de 23 de septiembre de 1955 (D. O. núm. 216).

- 1 -

CARTILLA MILITAR NÚM. *2.102.226*.

de *Diego García Tebar*,  
hijo de *Rafael* y de *Doña Concepción* que  
nacó en *Alcalá de Guadaíra*, partido judicial de *Alcalá*,  
provincia de *Sevilla*, el día  
*1.º* de *Septiembre* de *1926*, domiciliado en la fecha de  
alistamiento en *Alcalá de Guadaíra*, provincia de *Sevilla*,  
Su religión, *C. R. A.*  
estado, *Soltero* estatura, en metro, *1.66*  
milímetros; profesión u oficio, *Arbitrario*,  
(Sabe leer) *Si* (Sabe escribir) *Si*. Ingresó en Caja el día *1.º*  
de *Septiembre* de *1957*, con la clasificación de  
(1) *Alfabeto militar*.

Se entregó esta Cartilla al interesado el día de la fecha, con las formalidades de los artículos 213, 214 y 225 del Reglamento

*Alcalá de Guadaíra*, el día *1.º* de *Septiembre* de *1957*.

*Miguel Jurecu*  
Alcalde,  
Miguel Jurecu

Sello de la Alcaldía de Guadaíra

(1) La que corresponda según el Reglamento.  
(2) Alcalde o Consul que entrega la Cartilla.

Mi cartilla militar.

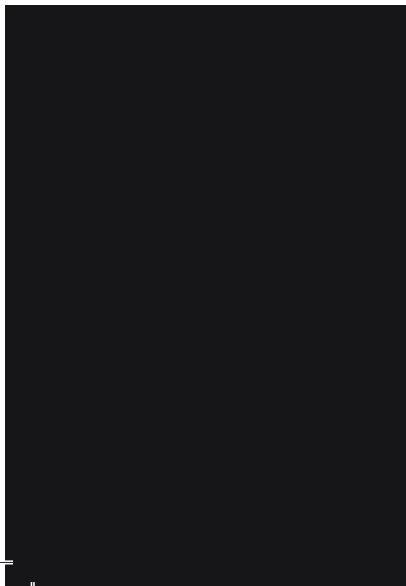




### **III.**

## **TIEMPOS DE EMIGRACIÓN**

*(1961 - 1970)*



## CONTENIDOS

*Decían que en el norte había trabajo*

*No salía de mi asombro*

*Nos movíamos en un pequeño mundo*

*Soñábamos con volver al lado de la familia*



### ***Decían que en el norte había trabajo***

En 1961, cuando estaba trabajando en unos bloques, un compañero me propuso ir al norte, donde decían que había bastante trabajo. Aquí se ganaba cuatrocientas pesetas a la semana y allí se estaba ganando mil. Cerré los ojos y me fui. Íbamos contratados por Huelgo y después nos buscamos la vida con otras empresas. Nos dedicábamos a la solería, cobrando por metro. Estuve trabajando en Oviedo, Oriñón, Santander, Castro Urdiales, Santurce, Portugalete, Laredo, Las Arenas...

Enseguida percibí las tremendas diferencias en la consideración hacia el trabajador. En Andalucía nos trataban todavía con la punta del pie; en el norte teníamos un barracón donde nos daban de comer, y por la noche salíamos a tomar chiquitos con el perito y el arquitecto.

Otra cosa que noté fue la falta de consideración hacia Andalucía. Yo soy más español que todos, pero era muy doloroso ver que los vascos y los catalanes creían que en Andalucía sólo había “mariquitas” y bailaores. En esos años, ni el parte meteorológico mencionaba a Andalucía. Gracias a Dios, yo creo que hoy Andalucía tiene su sitio y se reconoce su valor.

Recuerdo que en un pueblecito llamado Oriñón había un camping donde actuaban unos muchachos que tocaban muy bien el acordeón. Casi todas las tardes íbamos allí a tomar una cervecita y a bailar. Entonces en España no era fácil bailar con una mujer desconocida; las francesas y alemanas que venían de vacaciones, como estaban más adelantadas, bailaban con cualquiera.

Yo tenía idea de ahorrar dinero para casarme con mi novia, pero ella supo que bailaba con otras chicas y aquella relación se acabó. Además, como yo era joven y tenía muchas ganas de cachondeo, me gastaba lo que ganaba. Al año y pico volví a Chiclana sin un duro ahorrado. Recuerdo que me traje un abrigo muy llamativo.

III. Tiempos de emigración (1961 - 1970)  
*Calle Tesón*



*Esta foto me la hice al volver del País Vasco, con un abrigo nuevo que compré allí. A la izquierda está Juan “la Canina” y su novia “la Rubia”, después mi novia Mari Paz y yo.*

Seguí trabajando en *chapuces* con herramientas propias. Entonces había muchos trabajillos y siempre ganabas más por tu cuenta. En 1962 estuve trabajando con mi tío Manolo Chaves (un hermano de mi madre) en la construcción de unos pisos a la vera del campo de fútbol. Entonces conocí a Mari Paz Vázquez Benítez, mi mujer. Había dos sitios donde encontrarnos con las chicas: la calle de La Vega en invierno y el paseo de La Alameda en verano. En La Alameda había un quiosco donde los jueves tocaban

los músicos. Los jueves y domingos salíamos a pasear para buscar a la chavala que te gustaba y tratar de acercarte.

De tres mujeres que salían, la que ya tenía novio se quedaba en el centro y las otras dos a los lados. Si iban dos, es que ninguna tenía novio. Si a la chica no le gustaba el chico le hacía una señal a la compañera y se colocaba en el centro (si eran tres) o se cambiaba de lado.

Tenías que conquistarla con mucha paciencia, diciéndola cositas que le agradaran: “¡Qué guapa eres, que simpática y qué bonita!”. Cuando encontré a mi mujer ella tenía dieciocho años y yo veintiséis. Tuve que ser muy terco para convencerla de mis buenas intenciones, porque los del pueblo le decían, “Ese ya ha tenido muchas novias”, o “A ese le gusta una copita...”.

### ***No salía de mi asombro***

Los años sesenta fueron de mucha emigración española al extranjero, sobre todo a Europa. La gente que había emigrado, cuando venía de vacaciones nos impresionaba: se les distinguía en la calle por las ropas u objetos que llevaban, y porque iban presumiendo. Hacia 1962 me apunté en el Sindicato. No se trataba de un sindicato como los actuales, sino que era como la oficina de empleo. Allí se dirigían las empresas extranjeras cuando demandaban trabajadores, del mismo modo que hoy en día se trae a las mujeres u hombres marroquíes para trabajar en la fresa.

En abril de 1963 me llamaron para irme a Bélgica como albañil, contratado por una empresa. Yo llevaba nueve meses saliendo con Mari Paz y estaba tan enamorado como lo sigo estando. Me había iniciado como contratista y tenía una buena demanda. No me lo pensé mucho, ya que sabía lo bien que se ganaba allí. Propuse a los albañiles que trabajaban conmigo que siguieran ellos al frente del proyecto y les dejé la herramienta, con la idea de volver algún día a recogerla.

III. Tiempos de emigración (1961 - 1970)  
*Calle Tesón*



*Esta foto nos la hicimos al despedirme, antes de irme para Bélgica. Detrás estamos mi novia Mari Paz y yo, y delante mi madre con dos nietas (hijas de Isabel): Mari-bel en su regazo y Macu a su izquierda.*



En mayo del 63 me fui a Bélgica, con la idea de juntar dos pesetas para poder casarnos y construir nuestra casa. La empresa pagaba el viaje en tren. Yo era el único que venía de Chiclana; la mayoría eran de El Puerto de Santa María. Los que íbamos a emigrar llevábamos una maleta de cartón y nos identificábamos fácilmente. Por eso en las estaciones nos preguntábamos unos a otros, “Tú, ¿a dónde vas?”.

Hicimos trasbordo en Madrid y en París. En Bruselas nos esperaba un representante de la empresa. En Las Árdenas, a donde llegamos, hacía un frío terrible. Llevábamos en la maleta unas pocas ropitas y muy ligeras, porque no imaginábamos que el clima sería así. La empresa nos tuvo que comprar ropa de abrigo y botas de agua<sup>13</sup>.

Vivía en un pueblo llamado Bestrik. Los primeros meses, mientras la empresa me conseguía una vivienda, me quedé en una pensión con otros trabajadores. La regentaba una señora mayor, gruesa, que era profesora: *madame* Dik. Ella hablaba muy bien su lengua (el francés) y sabía elegir las palabras para hacerse entender. Además, hablaba algo de español.

Enseguida le dije, “*Madame*, yo quiero conseguir hablar el francés lo más pronto posible”. Al volver del trabajo le preguntaba por muchas palabras que necesitaba, sobre todo para relacionarme; porque íbamos a las salas de bailes y yo tenía muchas ganas de empezar a moverme con las chicas. Lo primero que aprendí fue, “*Bon jour*”, “*Bon soir*”, “¿*Voulez vous dance, mademoiselle?*”. En pocos meses chapurreaba el francés.

Meses después me fui a vivir solo, a un sótano de dos habitaciones del mismo edificio de la empresa, en Bestrik. Me las arreglaba para cocinar lo que me gustaba preguntando a otros: me hacía mis huevos o mis papas fritas.

---

<sup>13</sup> La región de Las Árdenas abarca tres países: Bélgica, Luxemburgo y Francia. Dentro de Bélgica, se ubica al sur de Valonia (una de las tres regiones del estado federal belga). Es la zona más montañosa y con más bosques de Bélgica. Como se encuentra distante del mar, su clima es más severo que en otras zonas de Bélgica: llueve todo el año, los inviernos son muy fríos y los veranos templados.

Los españoles estábamos muy bien vistos en estos países y nunca tuve problemas, pero el choque fue impresionante. Aquella civilización, aquella cultura y comunicación no tenían comparación con lo que yo conocía. Te podías relacionar con mujeres que tenían novio, compartías una tarde o te acompañaban de compras, por sugerencia de su mismo novio. Aquí todavía una mujer no entraba en un café, y si ibas al cine con tu novia las madres se comunicaban primero y tenían que acompañarte las hermanas o las amigas de ella.

La gente se besaba delante de mí. Hoy en día lo aceptamos con facilidad, pero en aquellas fechas yo no salía de mi asombro, pues estaba acostumbrado a esconderme detrás de un portón si quería dar un beso a mi novia. ¡Y eso que ya estábamos comprometidos!

El cambio social era mayor que lo que yo había visto en el norte de España. Allí no había pobres y ricos; todo el mundo era igual y el tratamiento era de señor a señor. Para mí era muy bonito ver que en el trato no se distinguía al profesional del peón; sólo había diferencia de sueldo, y no mucha<sup>14</sup>.

Godard, la primera empresa de construcción con la que trabajé, presentó quiebra a los nueve meses. Me pasé luego a la empresa de un tal Loraine. Los cuatro o cinco meses de invierno eran muy fríos; la gente de allí no solía trabajar en la construcción, porque se quedaba helado el material y uno mismo. Los dos primeros inviernos yo sí trabajé, como encargado de unos cuantos marroquíes. Cada poco tiempo nos dábamos un calentón en una *candela*, antes de volver a la faena.

Me pusieron a terminar chalés: acabado de las fachadas, solería, lucido de techos y pintura o cal plana de paredes. Me especialicé en la *tirulesa* para

---

<sup>14</sup> Buena parte de los emigrantes españoles en Bélgica hubo de trabajar en las anticuadas minas, donde los belgas no aceptaban estar. No fue este el caso de Diego. De cualquier modo, la situación laboral en Bélgica era muy distinta a la española: la abundancia de puestos de trabajo, la mejor remuneración, y los derechos sindicales belgas hacían que los españoles se sintieran privilegiados. Se habían educado en un ambiente de posguerra en dictadura (precedida por una cruenta guerra civil) y a su llegada a Bélgica se veían inmersos, de pronto, en una democracia (tomado de Radio Alma, en la dirección [www.radioalma.be](http://www.radioalma.be)).

el exterior, y en el interior usábamos la *tirulesa* alisada con *plana*. Recuerdo que a mi regreso me traje una maquina de *tirulesa* y la promocionaba entre la gente de Chiclana que estaba haciéndose su chalet ilegal. Eso me abrió posibilidad para muchos trabajitos.

Lo pasé mal, porque allí, debido al clima, se trabaja mucho la piedra; mientras que aquí trabajamos el ladrillo en seco. Yo no sabía que la piedra había que trabarla muy bien, y además me llevaba sorpresas: el muro se quedaba congelado y hacia las doce del mediodía, cuando suavizaba el frío, aparecían unos bultos tremendos. Ellos no se imaginaban lo difícil que me resultaba trabajar en mojado, y se cachondeaban mucho. Yo tenía mucho amor propio y afán de superación, y con el tiempo pude demostrarles que hacía bien la piedra vista, que me encantaba el juego de piedra de damas, etcétera.

### *Nos movíamos en un pequeño mundo*

Me surgieron algunas ocasiones y amistades, pero yo no olvidaba a mi novia Mari Paz. Estaba muy enamorado de ella y nos escribíamos todas las semanas. Cuando recibía de ella una carta era como ver a Dios. Pasado un año me vine a Chiclana con cuatro perras y el 26 de julio de 1964 nos casamos. Manolo Gómez Campano, marido de mi prima Juanita Verdugo, tenía entonces un Gordini y se ofreció a llevarnos a Jerez para la luna de miel. El coche se averió en El Puerto de Santa María y tuvimos que empujarlo durante un buen trecho.

Poco después regresé con mi mujer a Bélgica. A ella la vida le resultaba durísima, sin conocer el francés. En ese mismo año quedó embarazada y a los tres meses tuvo un aborto muy fastidioso, del que tardó en recuperarse. Yo estaba trabajando a cien kilómetros y tenía que salir a las cinco de la mañana: el vaso de café o de leche que le dejaba temprano antes de salir seguía a mi regreso en la mesita. ¡Y ella allí tendida tantas horas...! Debo agradecer la ayuda de una vecina mayor, que le llevaba caldos y otras comidas.



### III. Tiempos de emigración (1961 - 1970)

#### *Calle Tesón*

Estuvimos viviendo en el sótano hasta que la señora de *mesieu* Loraine nos buscó un pisito en el mismo pueblo. Ella trabajaba en bienestar social. Eran los dos muy amables y se ofrecieron a llevarnos a un lugar donde comprar los muebles que necesitábamos. Ya veíamos un poco de luz...



*Es en Bestrik (Bélgica) en agosto del año 67. Estoy haciendo una chimenea en la casa del hijo de madame Dik, quien trabajaba conmigo.*

Entre 1965 y 1967 nacieron en este pueblo mis tres primeras hijas: Verónica, Dálida y Natalia. Cuando mi mujer estaba para dar a luz íbamos a casa del médico (donde él tenía su consulta privada) o venía él a examinarla. Si veía que era el momento, nos llevaba en su coche al hospital público de Libramon, que estaba a unos diecisiete kilómetros, y la *parteaba* allí. Era un hombre muy agradable, a quien le gustaba aprender español.

El mismo día en que nació mi hija Verónica tuve un pequeño accidente. Cuando regresaba del hospital de Libramon en tren después de haber estado con mi mujer y la niña, el maquinista sufrió un infarto y quedó sin conocimiento. Tras comprobar que el tren no había parado donde debía, montaron un sistema de barreras para ir frenándolo. Por último, le pusieron delante un vagón. Tuve varios porrazos en la cara y las rodillas, y sobre todo un dolor de garganta impresionante, provocado por el mismo susto del accidente.

Memorias de Diego García Chaves  
*Empresario Chiclanero*

Para mi mujer fue muy duro tener tres niñas tan seguidas. Cargados de hijas teníamos pocas relaciones sociales, y nos movíamos en un pequeño mundo. Había por allí otros emigrantes de El Puerto de Santa María con quienes hicimos amistad; y nos reuníamos a veces entre españoles. Verónica tuvo unos padrinos españoles que trabajaban en un pueblo cercano; Dálida y Natalia tuvieron padrinos belgas.

El ritmo de trabajo no nos permitía salir a tomar unas cervecitas y unas tapas, como se hace aquí. Yo iba de casa al trabajo y del trabajo a casa; y no podíamos disfrutar el uno del otro. Hablé con el señor Loraine y le dije que si no me daba un destino más cercano me iría a otra empresa. Me lo concedió, porque yo era muy apreciado. A mis compañeros belgas no les pareció bien, pues ellos seguían trabajando lejos.



*Con mi mujer, Mari Paz, y mi hija Verónica de meses, en nuestra casa en Bélgica.*

Para juntar dos pesetas más, durante unos meses mi mujer estuvo haciendo pastitas e intentó venderlas. Mira que se esmeraba y que estaban buenos, pero aquel país tenía costumbres muy diferentes: la venta callejera, que en España era común, no era aceptada por la norma sanitaria, y la gente no aceptaba ese tipo de pastelería.

### *Soñábamos con volver al lado de la familia*

A los dos años de casarnos, en 1966, fuimos a Chiclana de visita. Verónica tenía menos de un año. Gasté parte de mis ahorros en comprar un cuatro ele de segunda mano, pensando en las necesidades de mi trabajo.

El mismo señor que me vendió el coche me dio unos ratos de prácticas; pues en esos años no había clases ni exámenes. Ese fue todo mi aprendizaje. Así es que cuando pasaba por las grandes ciudades de Francia, que aún no tenían circunvalaciones, me caían gotas de sudor por los nervios. Esa primera vez parecía que no iba a llegar nunca a Chiclana. Tardé unos cuatro días.

Me compré también mi camarita, y por eso conservo tantas fotos de ese tiempo. El emigrante que llegaba a su pueblo con un aparato de radio o con una camarita de fotos era envidiado. Si uno llevaba los dos aparatos, cada uno colgado en un hombro, chuleaba aún más. ¡Y ya, si llegabas con un coche...! Los pocos que teníamos coche en esos años éramos privilegiados.

En las otras visitas, cada dos años, vinimos igual: el coche cargado de chiquillas y mirando de no gastar una peseta. Donde quiera que nos cogía la noche aparcaba, nos echábamos al suelo con una manta y a dormir. Las niñas estaban muy simpáticas y muy graciosas, pues mezclaban el español con el francés. Yo no sabía llegar sin algo de dinero para mis padres y un detallito para mis sobrinas (las hijas de Isabel). Y había hasta disgustillos porque habíamos pasado un poco más de tiempo con un familiar que con otro.

### Mari Carmen García, hermana de Diego García, habla de su emigración a Suiza

Cuando Diego estaba en el extranjero, nos escribíamos muchas cartas y él nos enviaba fotos de las niñas. Cuando venían de viaje, mi madre siempre con el “¡Ay!” en la boca; y al llegar la hacían muy feliz. Nosotras veíamos que mi hermano traía dinero pero su palabra era, “Hermana, ¡que esto es muy duro y no se amarran los perros con longaniza!”.

Aunque Diego decía que nosotras le hacíamos falta a mamá, yo estaba cansada de trabajar con la máquina de coser y quería luchar para que él no tuviera toda la responsabilidad. Insistía en que quería ver mundo y trabajar, y al final mi madre dijo, “¡Pues vete y haz lo que quieras!”.

Cuando él ya se venía para Chiclana, yo me fui a Suiza, donde demandaban personal para los restaurantes. Me fui sola. Yo sabía un poquito de inglés e hice dos trasbordos de tren sin miedo alguno. Una mujer llamada *madame* Reis me acogió en su casa como si fuera su hija. En Suiza conocí a mi marido, Manuel Vázquez (aquí le llaman “El Gallego”, porque es de Galicia), y nos casamos enseguida.

Efectivamente aunque se ganaba bien, aquello era trabajar y trabajar. Levantarnos oscuro, cuando los camiones pasaban a recoger la basura y volver a las nueve o las diez de la noche. En dos años regresamos y me puse de nuevo con las muñecas de Marín. Mi marido estuvo buscando cosillas y dos años más tarde empezó en la empresa de mi hermano Diego. Tiempo después tuvo que coger una baja por un problema de salud; Diego comprendió aquello y nos apoyó.

Las dos primeras niñas me vinieron enseguida, una en 1972 y otra en 1973. Yo seguí trabajando para darles todo lo que pudiera. Recuerdo que a las seis de la mañana Diego pasaba cerca de mi casa para recoger a un trabajador suyo y me encontraba limpiando. “¿Ya estás levantada, hermana?”. Acabada la limpieza, cogía a las niñas, metía a una en la guardería y me llevaba a la más pequeña conmigo, para entregar la costura del día anterior. Mi vida ha sido esa y a mí no me ha costado trabajo luchar.





*En el patio de La Almendrá, compartiendo las uvas de verano de las viñas de mi tío. Detrás está mi hermana Isabel con su hija Maribel en brazos. A su derecha se ve una máquina de coser. Delante de ella, mi mujer Mari Paz y mi sobrina Maruji. Luego se ve a mi madre con su nieta Loli en las rodillas. A su derecha, con un racimo de uvas cada uno, Rafaelín y mi hermana Mari Carmen, con Verónica en su regazo. De pie junto a Mari Carmen están la chica que trabajaba con ella y mi hermana Manolita. Tras de ellas se puede ver otra máquina de coser. Delante del todo, sentados, Pepe y Macu.*

Memorias de Diego García Chaves  
*Empresario Chiclanero*

Nuestra gente veía que veníamos bien vestidos, aunque más blanquitos, por la falta de sol. Ellos notaban la diferencia de nivel de vida pero no entendían que nos privábamos de casi todo. Hice muy buenas amistades en las empresas, me trataron muy bien y no tenía queja, pero estaba fuera de mi país. Y siempre teníamos en mente nuestra ilusión: juntar dos pesetas para un pisito en Chiclana y volver al lado de la familia, sobre todo de mis padres.



*Hacia 1966 (mis primeras vacaciones en Chiclana, viviendo en Bélgica), en el patio de La Almendrá. En la fila de atrás están mi madre, mi hermana Mari Carmen con Verónica en brazos (detrás de mi madre), mi esposa Mari Paz, Maruji (entre mi madre y mi esposa), Rafaelín y mi hermana Isabel. Abajo están Macu, Loli, Maribel, la ayudante de Mari Carmen y mi padre. Todos los niños son hijos de mi hermana Isabel.*



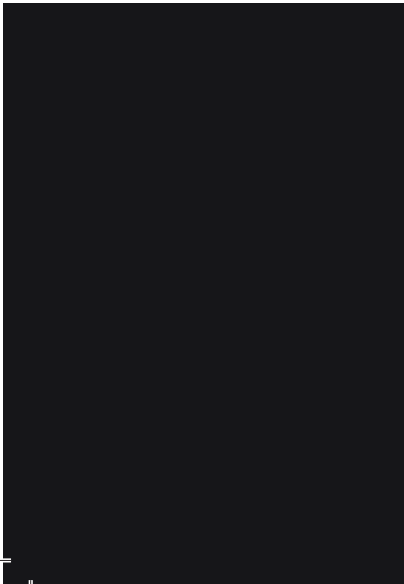




## **IV.**

### **MIS INICIOS COMO AUTÓNOMO**

*(1970 - 1987)*



## CONTENIDOS

*Otra vez volvía yo a no ser nada*

*Yo continuaba haciendo mi casa*

*Empecé a moverme como autónomo*

*Hice la campaña de las primeras elecciones*

*Me abrí camino en cerramientos y publicidad*

*Quería quitarme la vida*

### ***Otra vez volvía yo a no ser nada***

Hacia 1970 fueron las últimas vacaciones antes de regresar de Bélgica. Yo solía visitar a mi prima Juanita Verdugo (hija mayor de mi tía Carmen), casada con Manuel Gómez Campano, a su casa de Cádiz o a su chalet de Chiclana. En esa ocasión, cuando fui a verles, Manolo Gómez me hizo una propuesta.

Él tenía entonces una agencia de publicidad bien montadita en Cádiz: se llamaba Mago Publicidad y era la delegación en Cádiz de Red de Publicidad Exterior, una empresa sevillana. Esta empresa y Publivia eran las dos únicas entonces. El encargado que trabajaba con ellos dejó la empresa y Manolo me proponía ocupar su puesto y hacer la fijación, montaje y conservación de las carteleras. Nunca dejaré de agradecerle la oportunidad que me dio para salir de la albañilería.

Me costó tomar la decisión de volver, aunque sabía que en cualquier viaje que hiciera a España me decidiría. Llegué con muy poco dinero. Los ahorros los había metido en el Renault cuatro ele y en una parcelita que pagaba a plazos en El Mayorazgo, donde todavía no había luz ni agua. Vendí los cuatro muebles que tenía en Bélgica y me vine a trabajar con Manolo en Mago Publicidad.

Un muchachito llamado Paco Rama, encargado de la publicidad en radio y prensa, supervisaba mi trabajo. Este hombre era un elemento: como teníamos vallas en la parte de Algeciras, si tocaba viajar él se quedaba con las dietas. Yo tenía que firmarle el documento que fuera en blanco, tal como hacían sus anteriores trabajadores.

Y me veía obligado a llamarle “señor Rama” delante de la gente. Yo, que venía de un país donde todos éramos “señor”, le preguntaba, “¿Y qué tratamiento tengo yo?”. Otra vez volvía yo a no ser nada, al tiempo que todo el mundo quería tener un “don”, un “señor” o un “señorita”. Me había ido de una España en dictadura y a mi regreso la dictadura seguía.





Boda de Maribel (hija de mi hermana Isabel). Empezando por la izquierda, estamos Natalia, Manolo Gómez Campano, Juanita Verdugo (prima mía y esposa de Manolo), Mari Paz, Rafael (mi padre) y yo.

En Chiclana, cuando alguien subía de nivel tomaba la costumbre de pasar por la plaza para comprar el mejor pescado, como forma de darse importancia. Recuerdo que ahí me encontré con amigos que en mi tiempo de ausencia se habían convertido en constructores. Algunos, poco menos que me miraban por encima del hombro; porque el orgullo se les había subido a la cabeza.

Veníamos de un país donde el médico te llevaba en coche al hospital, y aquí en la consulta médica no se molestaban en levantar la cabeza para mirarte a los ojos. Pasé mucho para volver a acostumbrarme a la vida en España. La diferencia con Bélgica era mucho más que de la noche a la mañana, y no había reparado en que iba a sufrir este choque.

Fue año y pico de trabajo muy duro. En más de una ocasión, al llegar del trabajo le sugería a mi mujer que nos volviéramos a Bélgica, porque no soportaba el trato. En realidad, yo no quería volver a la albañilería y sabía que regresar era casi imposible, ¡con el esfuerzo que habíamos hecho para venir!



Vallas que monté durante el primer año que estuve trabajando con Red de Publicidad (1970-1971).

### *Yo continuaba haciendo mi casa*

Al llegar a Chiclaná cogimos dos habitaciones en la casa de mi madre, en la calle de La Almendrera. Mi hermana Isabel vivía arriba, mi madre abajo y nosotros a mitad de escalera.

Durante dos o tres años, y a pesar de los muchos inconvenientes, estuve construyendo mi casa en el campo. En casi todo el entorno de Chiclaná había muchas finquitas. Aquellos terrenos no eran urbanizables (estaban destinados al cultivo) pero todos construíamos; si lo habíamos comprado allí, estaba claro que no era para sembrar calabazas. Y así es como ha crecido el pueblo.

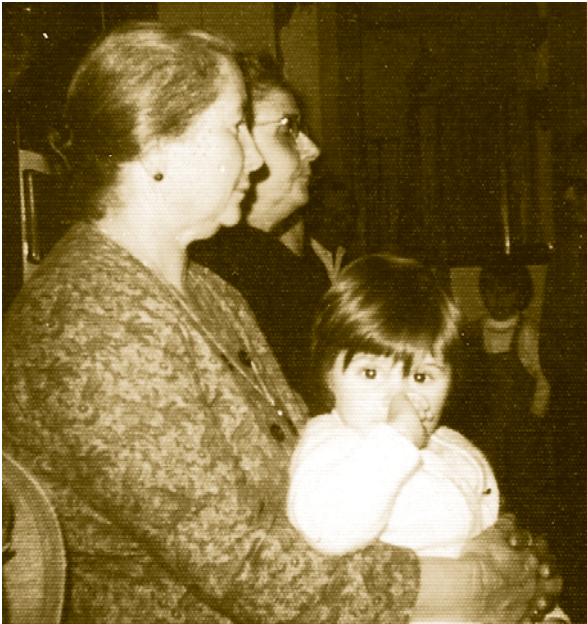
Pasé el quinario, porque los guardias municipales te hacían seguimiento, te multaban y precintaban la casa. Tú te metías de nuevo al poco tiempo y la enfoscabas... Como allí no había agua corriente, llenaba unos bidones grandes de aceite o de gasolina con agua de pozo. Y cuando regresaba al día siguiente, los bidones estaban vacíos, porque los niños que jugaban por allí se habían metido dentro; o me habían tirado el trozo que tenía construido.



#### IV. Mis inicios como autónomo (1970 - 1987)

*Calle Tesón*

Mi mujer, embarazada en 1970 de la cuarta hija (Susana), me ayudaba como peona. Además tenía que llevar y traer a las tres niñas, pasando por callejones sin asfaltar y enfangados, a colegios diferentes. ¡Las penurias que no ha pasado ella! Se merece el cielo y la gloria, porque yo sé que ha sufrido muchísimo y ha tenido mucha fuerza para criar a seis hijas.



Mi suegra Antonia Benítez en el bautizo de Susana. Es en la casa de La Almendrá, a finales del año 1970. En sus brazos tiene a mi hija Natalia, de tres años.

Mi padre había estado trabajando conmigo en la construcción, pero cuando yo emigré a Bélgica tuvo que volver al campo. En este tiempo estaban construyendo en Cádiz unos bloques frente a la antigua fábrica de cerzas, en la avenida Ramón de Carranza. Yo hablé con el encargado de la obra para que le metieran de conserje cuando se ocuparan los pisos. Así fue como, a principios de los años setenta, él entró a trabajar en una portería.

Entonces yo ganaba unas once mil pesetas al mes (¡que era mucho, comparado con otros salarios!) y andábamos muy ajustados. Aparte de mi trabajo en Mago Publicidad, hacía *chapuces*. Con el poco dinero que lograba, tenía que comprar los materiales; ya teníamos cuatro niñas y quería salir cuanto antes de aquellas dos incómodas habitaciones a mitad de escalera.

Mi padre me ayudó muchísimo en la obra y económicamente, porque en esos años él ganaba como yo y no necesitaba tanto. Si yo no tenía para desayunar, él me daba dos o tres duros.

Hice una *trampa* de materiales con Antonio Millán y le pagaba mil quinientas o dos mil pesetas al mes. Recuerdo que para cobrarme mandaba al terrenito a su hijo pequeño. Antonio siempre estaba dispuesto a darme facilidad de pago de materiales. Si un mes no podía pagarle él me decía, “No pasa nada, ya vendrán tiempos mejores”.

Acabé una habitación grande o salón, el cuarto de baño y la cocina (lo imprescindible), y nos metimos allí. Como la parcela estaba sin cercar, todo lo que me dejaba fuera me lo quitaban por la noche. Quizás mucha gente no se imagina ya lo que es vivir sin luz ni agua corriente con varias niñas chicas. Los dos primeros años en esta casa nos alumbrábamos con *reverberos* y velas, y usábamos el agua del pozo y de garrafas de agua *dulce* que yo traía periódicamente.



La casa de El Mayorazgo.  
De izquierda a derecha: Vero, Dálida, Natalia y Susana.  
Estaban por nacer Yoli, antes de dejar esta casa, e Inma, que nació en Cádiz.

Creo que fue en estos años cuando, trabajando por la zona de Algeciras, me cogí tal mojada que caí enfermo de pulmonía. Estuve bastante tiempo con fiebres y decidí dejar el tabaco.

### ***Empecé a moverme como autónomo***

En el año 1972 se iba a trasladar la delegación de Cádiz a Sevilla. Red de Publicidad me ofreció el nuevo puesto de delegado Sevilla y me planteé probar: me llevé la ropa para una semana, con la idea de traer después a mi mujer si la cosa iba bien. Aquel mismo día hizo un calor espantoso y tuve que descargar un Land Rover lleno de postes grandes de teléfonos, con los que montábamos las vallas publicitarias. Me quedé ciego del sudor que echaba.

No me lo pensé dos veces: por la tarde le dije al señor Prieto, el delegado de Sevilla, que yo no continuaba en esa empresa. Después de haber regresado del extranjero, no me interesaba trabajar en esas condiciones de calor, ni dejar a mi mujer en Cádiz y hacer vida solitaria en Sevilla.

Yo quería comprometerme cada vez en más trabajos, para conseguir acabar de hacer mi casa. Paco Rama me aconsejó llevar por mi cuenta los cerramientos de esa empresa en Cádiz como autónomo, para no tener que quedarme en Sevilla. Así lo hice.

Por este tiempo añadí a mi trabajo el montaje de cerramientos en chapa. Uno de los primeros cerramientos que hice fue en Jerez, con la ayuda de mi padre, ya jubilado y muy vencido. Entre otros trabajos, recuerdo que hacia el año 1974 mi cuñado “El Gallego” (Manuel Vázquez) y yo hicimos con hormigón el suelo del patio del colegio Valcárcel, frente al hospital de Mora, en La Caleta.

En la zona yo era el único con conocimientos en esta actividad que hacía montajes, cambios de paño o fijaciones. Trabajaba con varias empresas: Red de Publicidad, Publivia de Madrid, Expoluz y Soportes Exteriores. Si veía una máquina en una obra, enseguida me acercaba para preguntar si necesitaban cerramientos, y buscaba cómo dar solución a sus demandas.

Memorias de Diego García Chaves  
*Empresario Chiclanero*



Manuel Vázquez, “El Gallego”, marido de mi hermana Mari Carmen, posando con la escalera de madera en el año 2000. Entonces ya no la usábamos, pero la conservamos como recuerdo.

Yo desempeñaba todas las funciones, desde el inicio al final del proceso. Todavía me movía con mi propio coche y fijaba los carteles y las vallas subiéndome a una escalera grande de madera. Con el viento y la lluvia, esto me suponía mucho esfuerzo y un gran riesgo personal.

Recuerdo que recogía el papel de las vallas en la estación de Renfe de Cádiz. Tenía que ajustarme al horario del tren y esperar si había retrasos, entonces muy frecuentes. En cuanto la empresa de mensajería SEUR se instaló en el centro de Cádiz empecé a trabajar con ellos, pues así podía recoger los paquetes cuando yo quisiera.

Para facilitar la fijación del día siguiente, cuando volvía a Chiclana por la tarde con los carteles mis niñas me ayudaban a ordenarlos, situadas en hilera. Se trataba de dieciséis hojas: ocho arriba y ocho abajo. En el campo, donde vivíamos, el viento era un gran inconveniente para estas tareas, y lo compensábamos poniendo piedras sobre los pliegos.

Otra cuestión complicada era preparar un parte fotográfico con imágenes en blanco y negro de la valla y su publicidad, porque en Cádiz había muy pocos laboratorios fotográficos. Este parte demostraba al cliente nuestro trabajo en las campañas de publicidad. Mientras no le llegaban las fotos no pagaba.

A diario tenía que pasar el parte a la libreta de liquidación del mes, luego iba al centro para llamar y dar el informe del día; y por último planificaba el trabajo del día siguiente. En mi barriada no había cabinas de teléfono y por las tardes tenía que bajar a la calle Larga de Chiclana, que estaba lejos de mi casa, donde estaba la central telefónica: debía llamar a cobro revertido el delegado de Sevilla para confirmarle que había realizado la tarea comprometida, aunque el parte fotográfico no les llegara hasta unos días después.

En esos años había muchísimos militares en San Fernando, y se venían a Chiclana a pasar horas libres o días de permiso: en la telefónica hacían una cola interminable, para llamar a cobro revertido a la familia o a la novia. Así que me tocaba esperar horas antes de entrar en el cuartito del teléfono.

Por suerte los vecinos de enfrente (Pepe y Carmen) pusieron teléfono. Cuando recibía llamadas ellos corrían a avisarnos. Muchas veces era Verónica la que hablaba con los clientes. Esto fue poco antes de que decidiéramos trasladarnos a Cádiz.

Viendo las dificultades que tenía en Chiclana, entendí que tenía que irme a vivir a Cádiz. Era hacia 1975. Yo aún estaba pagando los materiales de la casa del Mayorazgo y tuve que pedir una hipoteca para coger un pisito en Los Porches. Me costó novecientas mil pesetas. Recuerdo que



me entrevisté con Manolo Gutiérrez, distribuidor de muebles, y acordamos intercambiar muebles por publicidad. Manolo se crió en San José del Valle (entre Paterna y Arcos), y antes de trabajar con muebles sembraba, recogía y atendía a los animales... Supo hacerse una buena publicidad y, en aquellos años en que nadie salía de su pueblo, ¡consiguió que la gente fuera hasta San José del Valle para comprar muebles!



Mi primer teléfono móvil, que compré a principios de los noventa.

Al estar en Cádiz ya podía ir directamente al laboratorio, aunque tuviera que conducir hasta el centro y echar rato para aparcar. Yo me vi de otro modo con mi primer teléfono, sobre una mesita que montamos en el mismo salón de casa. Esa era nuestra oficinilla. Como el teléfono estaba en casa y tenía contestador automático, de vez en cuando llamaba a mi mujer desde una cabina, por si había contraorden.

Después tuve un busca, en el que me dejaban avisos. Más adelante un teléfono móvil, que me costó medio millón de pesetas ¡y hoy los regalan! No me da vergüenza decir que la primera vez que cogí un teléfono yo temblaba. Los trabajadores no estábamos acostumbrados a esos medios; usábamos las cartas. El teléfono existía hace años pero, aparte de las oficinas y de los bancos, ¿quién lo utilizaba?

Muchos no sabíamos cómo expresarnos y lo pasábamos realmente mal cuando teníamos una entrevista o una gestión en la administración. Hoy en día un director de banco o un médico es uno más, pero entonces marcaban una diferencia tremenda con la mayoría de los trabajadores. Unos años antes, durante las vacaciones de 1972, había ido a la vendimia con mi cuatro ele: al dueño de la finca le impresionó que un trabajador como yo tuviera coche, cuando él no tenía.

Mi primo Manolo Verdugo me echó una mano en la administración, en este tiempo. Y Verónica fue la primera hija que empezó a ayudarme, desde muy chica.

### **Verónica García, hija de Diego García, explica sobre sus comienzos en la empresa**

Con nueve o diez años, cuando aún vivíamos en la casa que mi padre construyó en Chiclana, él me pedía que le ayudara con las liquidaciones. Yo recuerdo que le hacía una factura en una cuartilla y con bolígrafo: “Cuatro fijaciones, dos montajes...”. Mi padre escribía poco y tenía mucha necesidad de ayuda.

Para mí, empezar a trabajar con mi padre era parte de mi vida de niña y de adolescente. Yo no tomaba decisiones y no lo vivía con especial ilusión. Hacer liquidaciones o llamadas de teléfono eran tareas de nuestra vida familiar, igual que tocaba fregar los platos. Con diez o doce años me pusieron por Reyes una máquina de escribir portátil. Luego tuvimos una Olivetti de esas grandotas, que todavía conservamos como pieza de museo. Entonces hacía las facturas pulsando con un sólo dedo las duras teclas.

Como mi padre estaba muy solo en la oficina, con quince o dieciséis años empecé a estudiar auxiliar administrativo. Recuerdo que él sufría mucho porque yo no tenía conocimientos y metía la pata en cosas importantísimas: una vez mandé por error a un cliente unas letras firmadas ya como pagadas. ¡Menuda bronca recibí!

### ***Hice la campaña de las primeras elecciones***

Yo viví de cerca el cambio político en los primeros años tras la muerte de Franco, pues en las campañas del referéndum y de las primeras elecciones me tocó hacer las vallas y poner los carteles en Cádiz. Recuerdo el primer mitin del Partido Comunista en el campo de fútbol de Chiclana, donde habló Rafael Alberti, con su melena característica. Acababa de regresar de su exilio<sup>15</sup>.

Los partidos tenían sus militantes, que ponían la cartelera más sencilla, y por otra parte contrataban agencias de publicidad como la nuestra para poner carteles en vallas instaladas. Era una oportunidad y no quería rechazarla, pero yo entonces no tenía infraestructuras adecuadas para este trabajo.

Yo hacía el trabajo para Transred, que se dedicaba al formato pequeño de vallas; mientras Red de Publicidad se dedicaba al formato grande de 3 por 8 metros y las marquesinas. Había que poner vallas de 1.20 por 1.20 y mupis (los mupis son soportes de cristal con un pie central que hay en estaciones de tren y autobuses, destinados a anuncios). Teníamos que llegar a cada estación de Renfe, desde Jimena hasta El Cuervo (en Sevilla, lindando con el extremo noroccidental de la provincia), ya que eran los lugares más visibles y transitados.

Trabajaba estos años conmigo mi cuñado, Manuel Vázquez “El Gallego” y un chaval de Chiclana bastante más joven que yo, Manuel Pecci; muy trabajador y muy fuerte. De noche pegábamos papeles y de día hacíamos cercas. Nos quedábamos dormidos en carretera, conduciendo. Fueron meses de campaña sin descanso nocturno.

---

<sup>15</sup> El 27 de abril de 1977, tras treinta y ocho años de exilio (veinticuatro en Argentina y catorce en Italia), el poeta Rafael Alberti regresó a España con su esposa, María Teresa León. Alberti estaba afiliado al Partido Comunista desde 1931, participó en la Alianza de Intelectuales Antifascistas desde 1936 y en el salvamento de importantes obras de arte de nuestro patrimonio cultural durante la Guerra Civil.



Mi hija Inma, sentada sobre la mesa de la oficina, en el salón del piso de Cádiz. Puede verse nuestro primer teléfono y la máquina Olivetti.

Entre otros soportes publicitarios, colocábamos banderolas en las farolas, que había que preparar previamente. Mis hijas me ayudaban en estas pequeñas tareas. Para montarlas después, había que subir a las farolas con una escalera a una altura que superase la de los autobuses y camiones, para que no tropezasen con las banderolas. Esto era muy peligroso, por los frecuentes vientos fuertes de Levante.

En estos años pasé mucho miedo, por las condiciones en que trabajábamos, pues no tenía asegurados a mis trabajadores y sabía que podía tener un gran disgusto. Hoy, gracias a Dios, estos trabajos se hacen con camiones y canastillas.

### Primeras votaciones tras la dictadura franquista

Tras la muerte de Franco en noviembre de 1975, comenzaron los pasos para el cambio a un régimen constitucional en España. En 1976 el rey Juan Carlos I nombró presidente del gobierno a Adolfo Suárez, reemplazando a Arias Navarro, ministro de Franco. Se realizaron tres referéndums sucesivos:

1. El 15 de diciembre de 1976 se ratificó en referéndum un proyecto de ley para la Reforma Política, con un 77.8% de participación.
2. En marzo de 1977 se legalizó el Partido Comunista de España y el 15 de junio de 1977 se convocaron elecciones para reformar las cortes españolas.
3. El 6 de diciembre de 1978 se ratificó en referéndum la constitución española, con un 67% de participación.

Los de la derecha más extrema no aceptaban este cambio político y me fastidiaron de todos los modos posibles. Debían pensar que era de izquierdas o que quería vivir de la política, cuando yo estaba fijando carteles para ganarme la vida, como trabajador. Me pinchaban las ruedas, me volcaban la cola sobre los carteles que llevaba en el coche...

En ocasiones, después de pasar toda la noche pegando carteles, al dar la vuelta por el mismo recorrido comprobaba que habían pegado otros encima. Y tanto los de una tendencia como los de otra, si el cartel no era de su línea te increpaban: uno te llamaba fascista y otro te decía rojo. A veces me acercaba para explicarles: “¡Mira, que yo soy un obrero como tú!”.

La gente de a pie no entendía eso del “referéndum nacional” y de las “elecciones”. Francamente, ni yo sabía lo que aquello suponía. Nos habíamos criado con una guerra y con Franco, y no se podía hablar de nada, porque se pagaba caro. Yo recuerdo a un hombre del campo que estaba metido un poco en la política: lo metieron en la cárcel y a la mañana siguiente dijeron que se había ahorcado. Teníamos un miedo tremendo y nadie sabía nada de política. Éramos pobres por asfixia; doblemente pobres. Por eso al pueblo le costó mucho comprender el cambio.

Mientras, yo necesitaba cumplir con todas las etapas de la campaña. Cada quince días se cambiaba el motivo o contenido, para mantener la atención; y estos cambios empezaban por la capital y pueblos grandes como Jerez. Yo siempre iba atrasado: no había acabado un motivo en Algeciras cuando ya tenía que estar en Cádiz con el siguiente.

Las estaciones más lejanas como La Línea, San Roque o Jimena, las dejaba para el fin de semana y aprovechaba para llevarme de paseo a mis niñas y a mi mujer; era la manera de estar con ellas, porque no tenía más tiempo libre. Íbamos con el bocadillo; y ese día era fiesta para la familia. Recuerdo haber pasado alguna mañana en la playa de Valdevaqueros de Tarifa, bañándome con las niñas en las aguas heladas del Estrecho y tirándonos por aquellos torruños de arena (las dunas), mientras mi mujer asaba chorizos.



### ***Me abrí camino en cerramientos y publicidad***

Trabajando con Manolo Gómez Campano conocí a dos personas que me darían buenas oportunidades en mi progreso laboral: Manolo Gómez Lagares, que llevaba Comercial Española de Vallas en Sevilla; y Álvaro Padilla, teniente de navío, que era delegado en Cádiz de Comercial Española de Vallas.

Manolo Gómez Lagares le ofreció a Álvaro Padilla llevar los cercados de vallas metálicas en Cádiz: Álvaro sería su delegado y yo acepté hacer el montaje. La empresa de Álvaro puso a mi disposición una paquetera (una furgoneta de cajón abierto), lo que me facilitaba transportar escaleras y otras herramientas, y hacer con facilidad por mi cuenta las fijaciones.

A cambio de usar la paquetera, los fines de semana tenía que trabajar de balde para este teniente, haciéndole una casa en una zona de Chiclana llamada Los Halcones. Hoy el trabajador puede reclamar lo que le pertenece; entonces, quien te daba posibilidades se aprovechaba de ti. Yo, como tenía necesidad, entraba por ahí.

Con mucho esfuerzo pude comprarme una paquetera Mercedes de segunda mano. Como ya teníamos cinco hijas y el gasto suponía privarnos de otras cosas, mi mujer se quejó: “¡Por Dios, tengo una lavadora que se le sale la ropa de vieja que está, y tú lo que compras es una paquetera!”. Ella, teniendo lo justo para comer era feliz. Mi objetivo era salir del sueldo y dar un servicio serio y adecuado; y lo cierto es que aceptando los retos que se me presentaban llegué a montar una fábrica y a trabajar para empresas como Iberdrola.

Hacia 1980 alquilé un pequeño local frente al almacén de Álvaro Padilla, en el polígono de la Zona Franca de Cádiz (calle Ciudad de San Roque), y le dije a Álvaro que me independizaba. Dentro del local metía las chapas y materiales de obra más importantes. Empecé a abrirme camino ofreciendo cerramientos y soportes publicitarios, y comprando las chapas y los postes. A medida que Álvaro Padilla perdía clientes por el mal servicio que les daba, yo ganaba confianza entre ellos. Al poco tiempo Álvaro dejó de ser delegado de Comercial Española de Vallas.

Memorias de Diego García Chaves  
*Empresario Chiclanero*

En 1982 compré una nave por siete millones en la misma calle de la Zona Franca donde había alquilado. Tengo la costumbre de celebrar cada adquisición de una nave o vivienda, porque es una forma de dar importancia al hecho y de situarme en una nueva etapa. ¡Creo que me da hasta suerte! Celebramos la inauguración de esta nave con una matanza, en la que me ayudó mi cuñado Juan “El Valenciano”, marido de mi hermana Isabel, que entonces ya trabajaba conmigo.



Inauguración de la nave que compramos en la Zona Franca de Cádiz, en 1982. De izquierda a derecha estamos Manolo Gómez Campano, mi primo Manolo Verdugo, Mari Paz (mi esposa) y yo.



Inauguración de la nave. Empezando por la izquierda, delante se ve a Mari Paz (mi esposa), Esther (amiga de Verónica), Verónica y dos sobrinas de Manolo Gómez Lagares. Detrás están Fernando (el hermano de Mari Paz) y mi hija Dálida. Yo estoy a la derecha.

Hacia 1984 nos cambiamos de piso dentro de Cádiz. Los tres millones que obtuve por la venta del pisito de Los Porches me sirvieron de entrada para uno más grande en La Avenida. A pesar del trajín de bultos que suponía, los fines de semana nos veníamos a Chiclana (al campo o a la playa, dependiendo de las fechas).

El montaje de los cerramientos de chapa exige dos personas como mínimo, porque hay riesgo de cortarse o de que las chapas te tiren. Encajar una chapa de dos por un metro entre los dos raíles de los postes, con viento fuerte, es muy incómodo y exige mucho sacrificio. Lo cierto es que cuando mi colaborador Manuel Pecci se fue a la mili, casi siempre me tocaba hacerlo solo; no me podía permitir contratar a otra persona.

Los primeros cerramientos que llegaron aquí, hace treinta y cinco o cuarenta años, eran de chapa ciega. Dieron muchísimos problemas, por los frecuentes Levantes de la zona. La policía local ya me conocía: si había viento fuerte y veían peligro en algún cerramiento, me avisaban aunque fuera de noche, para ir a hacer el mantenimiento.

A inicios de los años ochenta se mató un chaval que trabajaba con Dragados y Construcciones. Fue en una obra en la plaza Asdrúbal de Cádiz. Los encargados acostumbraban a quitar las chapas para hacer pasos provisionales de entrada de materiales, que abrían y cerraban a diario. Cuando el chico pasaba por detrás de una entrada provisional, una racha de viento hizo fallar el paso y cayó al vacío. Al fondo había un emparrillado, y falleció allí mismo.

Nos pusieron una demanda, pues nosotros éramos responsables de la seguridad del cerramiento, pero no salió adelante. Dado que no se trataba de un acceso formal nuestro, sino que lo habían abierto por mayor comodidad, ellos tenían que haber asegurado su cierre. Los empresarios y constructores tuvieron muy en cuenta este riesgo de los cerramientos de chapa, y a partir de este accidente bajó su demanda. En nuestros viajes a Marruecos hemos comprobado que allí todavía se usan.



Cerramiento en chapa ciega.



Después entramos con los cerramientos de malla. Los hermanos Verdugo (Paco y Juan Manuel) recordarán las penurias que pasamos cercando el Instituto Hidrográfico de la Marina en Cádiz<sup>16</sup>. Eran las primeras mallas que yo montaba y no tenía ni idea de la técnica. Como no podía pedir consejo, me iba a ver cómo trabajaba Manuel Tocino, el único de la zona que entonces instalaba las mallas.

Los cerramientos de valla móvil son los más aceptados actualmente. Se trata de paños de tres metros, enclavados por sus extremos en unas bases estables, que se ponen, quitan y trasladan con facilidad. Cada base lleva dos paños cogidos arriba y abajo por una abrazadera; el aire entra y sale sin impedimento y el solar queda protegido de modo seguro.



El primero por la derecha es mi cuñado Juan “El Valenciano”, marido de mi hermana Isabel. A su lado, Paco Verdugo, Loly Lobato y Manolo Pecci. El primero de la izquierda es Juan Manuel Verdugo, hermano de Paco Verdugo. El último de esta fila es Jaramillo (un colaborador).

---

<sup>16</sup> Las antiguas instalaciones del Instituto Hidrográfico de la Marina fueron destruidas en agosto de 1947, al explotar el cercano depósito de minas. En 1955 acabó de reconstruirse el nuevo edificio y las dependencias, que habían estado dispersas en casas y barracones, se trasladaron. En 1986 se encomendó a este Instituto la formación y conservación de la Cartografía Náutica Básica.



### *Quería quitarme la vida*

Ya mi padre estaba muy mayor y dejó de ayudarme, aunque yo seguí pidiéndole consejo. Como no tenía asesor ni abogado laboral, me veía muy solo y estaba deseando llegar a casa para contarle. Realmente sentía alivio al hablar con él.

La etapa de campañas electorales y el trabajo posterior me supuso un agobio impresionante. Tenía que hacer la instalación, facturar, recoger las fotos, gestiones en el ayuntamiento, solicitudes, visitas y atender a los clientes. En la mesita de noche tenía una libretita donde tomar nota si me despertaba a media noche con algo fijado en la mente.

Me sentía desbordado, sin medios, y caí en una depresión. Yo no sabía como encauzar mis trabajos y mis responsabilidades, y la única solución que veía era quitarme la vida. Tenía escogido el lugar clave desde donde me iba a tirar con el coche: llegando a Tarifa desde Algeciras, en una caída al vacío que hay a la derecha de un puente. Hoy al pensarlo me horrorizo.

Una mañana, hacia 1986, estaba en una obra dando instrucciones a un operario para desmontar unas vallas de un solar, y comprobamos que algunas vallas habían quedado casi en el vacío, pues había un rebaje. Viendo el peligro, fui a quitarlas y caí con las carteleras al vacío, hasta dar con el emparrillado de hierro.

Tuve muchas heridas, incluyendo mis partes, ¡y gracias a Dios que no me quedé clavado como un pinchito! Pasé varios meses en la cama, aunque no cumplí todo el reposo recomendado. Este tiempo fue una oportunidad para disfrutar de mis hijas (Inmaculada era aún muy pequeña) y para aprender a valorar la vida familiar, pero al mismo tiempo, el encierro contribuyó a mi depresión.

Yo me quedaba encerrado en una habitación y no quería salir. Uno le coge miedo a enfrentarse a la lucha del día a día. No tenía ánimo para negociar con un cliente o para reclamarle el cobro. Siempre me he considerado muy responsable, y creo que esa necesidad de dominar la situación en medio del agobio por las circunstancias, y con mis pocos recursos, es lo que me provocó la depresión.



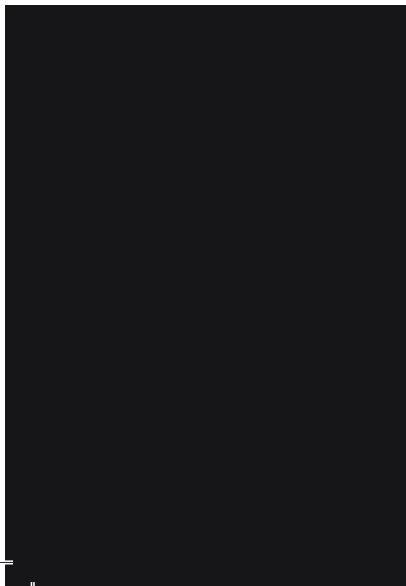
En mi reposo tras el accidente, hacia 1986. Mi hija Inma, que está conmigo, tenía entonces dos años. A la derecha, mi esposa Mari Paz.

Acudí a un médico que me recomendaron en Sevilla. Él me mandó una medicación muy fuerte, que apenas me permitía hablar. Una mañana mi mujer vio que no podía levantarme. Temiendo que me pasara algo grave, me llevaron al hospital, y efectivamente, tenía una intoxicación. Cuando me recuperé, fui consciente de que el tratamiento me estaba matando y juré que jamás volvería a tomar una pastilla.





**V.**  
**DESARROLLO DE DIVAGASA**  
*(1987 - 2009)*



## CONTENIDOS

*No me detenía ante las dificultades*

*Entonces creamos Digavasa*

*Hasta que apostamos por las casetas*

*Mi familia ha sufrido mucho*

*Con tesón se puede lograr*

### ***No me detenía ante las dificultades***

Durante el tiempo en que trabajamos juntos, Manolo Gómez Lagares pudo comprobar que yo era capaz de moverme en el montaje y también en la venta; que podía tratar con quien fuera y que hacía gestiones sin detenerme ante las dificultades. Su hermano Juanjo era jefe de publicidad en El Corte Inglés, y Tomás Garfella trabajaba con él y en la selección de las vallas. Manolo y Tomás me propusieron hacer un circuito de publicidad al Hipercor de Jerez, que era del Corte Inglés y acababa de abrirse. ¡A mí me venía de lujo!

La empresa de Manolo, Dianvasa (Distribuidora Andaluza de Vallas) se dedicaría a llevar cerramientos y vallas publicitarias en Sevilla. Para llevar esos mismos trabajos en Cádiz Manolo creó conmigo una nueva empresa: Vadisur o Diego García Chaves, S.A. En Madrid estaban como socios Miguel Marín y otras tres personas.

### **Tomás Garfella habla sobre Diego García**

Yo conocí a Diego García hace más de veinte años, a través de Manolo Lagares. En pocas palabras, lo definiría como una persona muy emprendedora, a quien le gusta trabajar y le sigue gustando. Su empresa siempre nos ha ofrecido una relación muy buena entre la calidad de sus servicios y el precio.

Diego ha sabido situarse en su tierra adaptándose a las exigencias del trabajo exterior; cuando otros empresarios prefirieron marchar a grandes ciudades. La publicidad y la construcción son trabajos de calle: en otros lugares tienes el inconveniente de la lluvia o del frío; ahí son los vientos y el calor. En Cádiz, Diego era lo más serio que había: colocaba un producto y hacía el mantenimiento requerido a tiempo.



Manolo es muy espontáneo. Nuestra convivencia en el trabajo dio lugar a una complicidad cercana y entrañable. Una vez asociados, él venía de vez en cuando a Cádiz a hacer gestiones y a coordinar conmigo. Como él tenía una buena situación económica, cuando lo recogía a primera hora de la mañana pasábamos por el puerto deportivo, donde desayunábamos y él compraba pescadito fresco. Al llegar a casa Mari Paz guardaba el pescado en la nevera. A veces nos quedábamos hasta muy tarde haciendo números y él regresaba a Sevilla de madrugada.

Una noche de temporal fortísimo Manolo se marchó a Sevilla sin el pescado. Yo sabía que me llamaría nada más llegar a su casa, porque era muy agarrado, así que esperé sin acostarme. Cuando me llamó le respondí, “No te preocupes, que te lo mantengo vivo hasta la próxima vez que vengas”. ¡Y yo ya estaba friéndolo...! Como yo no podía permitirme lo mismo que él, hasta me alegraba de sus olvidos.

Manolo está hoy muy bien situado y todavía escucha mi consejo y me valora. Entre tantas personas a quienes he conocido en el ámbito publicitario, conservo su amistad como la más cercana y fiel.



En mayo de 2001, con  
Manolo Gómez Lagares a  
mi derecha y Tomás Garfella  
a mi izquierda.

Mi hija Susana se incorporó a la empresa en 1987, cuando aún no había acabado sus estudios. También en estas fechas se dio de alta Loly Lobato, amiga de Verónica, que es hoy la directora comercial de Digavasa.

### Susana García, gerente de Digavasa, explica sobre sus comienzos en la empresa

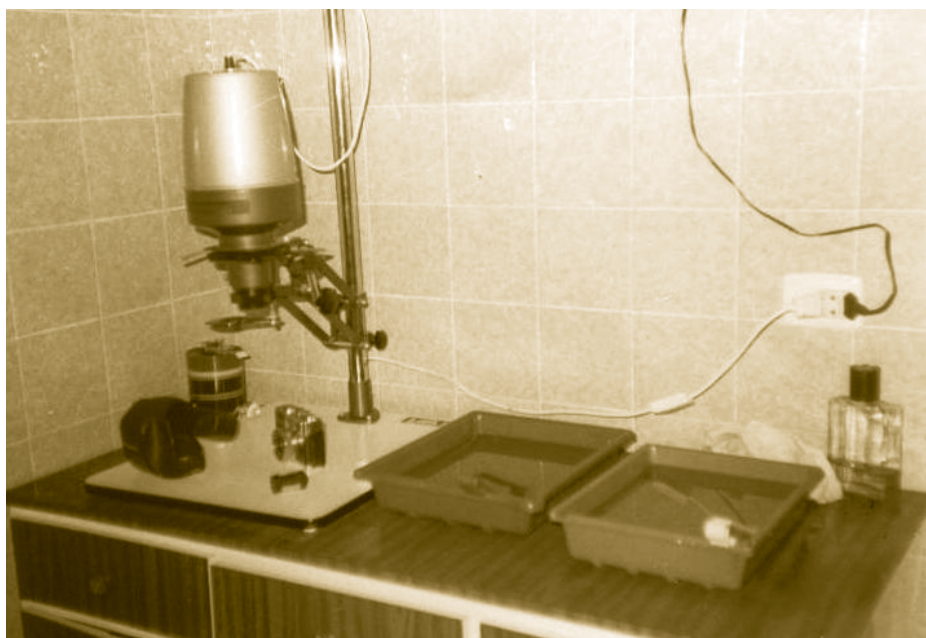
En casa todas teníamos que ayudar cuando hacía falta. Recuerdo una ocasión en que mi padre tenía que montar unas pancartas grandes de cartón con unos herrajes arriba: él se llevaba a dos trabajadores y todas sus hijas íbamos a echar la tarde a la nave de la Zona Franca, poniendo tornillos.

Mi padre venía del centro de Cádiz muy agobiado e indignado, y aquello nos generaba mucho estrés a toda la familia. Con diecisiete años, como no pude acabar octavo curso bien, estaba preparando el graduado escolar. Uno de los profesores nos propuso hacer un curso de fotografía en la Casa de la Juventud en Cádiz. Yo me apunté, y compramos el material necesario y la ampliadora.

Revelábamos las fotografías en un pequeño laboratorio que monté en el cuarto de baño de la nave. A partir de entonces participaba gestionando los envíos de las fotos, el control de los trabajos y los informes. Así fue como me quedé en la administración.

Trabajar en la empresa de mi padre y poder ayudar a la familia era para mí un reto y un compromiso muy importante. Me gustaba que él nos llevara a las comidas de la empresa, y después lo comentaba con orgullo a mis compañeros de estudios. Lo hacía con ganas y con mucha ilusión.

Tras acabar el graduado, trabajaba en casa por las mañanas y estudiaba por las tardes: hice dos años de Auxiliar Administrativo. ¡Yo creía que eso ya era suficiente para llevar la administración de una empresa! Tras el segundo año de estudios, a finales de 1989 hice las prácticas en Digavasa, y seguidamente me contrataron (era 1990). Cuando empecé a ser adulta y a tener más contacto con mi padre, él ya era mi jefe.



Taller de fotografía de Susana, en la nave de la Zona Franca de Cádiz.

### **Loly Lobato, directora comercial de Digavasa, explica sobre sus comienzos en la empresa**

Con dieciséis años empecé a echar una mano a mi amiga Verónica, que andaba atareada llevando la administración de la empresa de su padre. En un principio colaboraba gratuitamente. Yo llegaba a su casa en moto, con mi máquina de escribir portátil, y hacíamos lo más inmediato: las facturas, llamar a los clientes o enviar presupuestos.

He visto nacer y crecer la empresa participando desde dentro. Poco después de entrar ya estaba cogiendo responsabilidades. Cuando nos metimos en nuevos productos, asumí la búsqueda de proveedores. Yo tenía mucha ilusión y estuve apoyando a Diego en todo. Desempeñé muchas tareas aprendiendo sobre la marcha, ya que cuando empezó la fabricación no había ingenieros en la empresa ni existían los programas informáticos de hoy.

Memorias de Diego García Chaves  
*Empresario Chiclanero*

El marido de Susana, Juan Real Macías, estuvo varios años con nosotros, en dos etapas diferentes. Primero fue montador de carteleras y luego encargado de montadores, haciendo labores comerciales y como responsable de la fábrica de casetas.



Juan Real Macías hacia 1990, cuando empezó a trabajar en Digavasa.



Juan Real Macías y Antonio «El Rizos»  
(comercial que sigue trabajando con nosotros) en la Navidad de 2001.

### ***Entonces creamos Digavasa***

La fórmula de trabajo con la nueva empresa suponía ciertas irregularidades. A través de Vadisur, nosotros captábamos trabajos de la otra empresa de Manolo, con la que facturábamos, y no habíamos contado con los socios de Manolo en Dianvasa de Sevilla. Por eso, poco después, en 1987, tuvimos que juntarnos con ellos y creamos Digavasa (entre los socios de Cádiz y los de Sevilla). Estábamos contratados Verónica, Loly y yo.

Al ser una empresa nacional, Digavasa tenía unas condiciones laborales que chocaban con las condiciones del personal de Sevilla. No llegábamos a un acuerdo y los trabajadores de Sevilla se pusieron en huelga, reclamando subidas salariales y jornada intensiva. Así que pusimos las mismas condiciones para los operarios de Cádiz.

Como Digavasa no acababa de marchar bien, hacia febrero de 1989 la parte de las vallas publicitarias grandes se vendió a Avenir (una empresa francesa). Los otros tres socios recibieron mucho más dinero que Verónica y yo, y nos taparon la boca ofreciéndonos un puesto. Yo me quedé como delegado y gerente de Avenir en Cádiz, y Verónica como secretaria. Manolo estaba como delegado de Avenir en Sevilla y su cuñado Pepe Alonso (casado con una hermana de su mujer) en Málaga.

Pude quedarme con la nave que habíamos comprado en Cádiz, los cerramientos y algunas carteleras pequeñas, lo que me facilitó realizar algunos trabajos aparte. Loly y Susana quedaron empleadas en Digavasa, y Verónica y yo continuábamos trabajando con ellas a la vez que estábamos contratados en Avenir.

En enero de 1990 nos despidieron de Avenir, y con la liquidación (que era buena) creamos una comunidad de bienes llamada Publicidad Sur, para volver a generar el negocio de la publicidad y tener un nuevo patrimonio de carteleras. En Publicidad Sur estaban conmigo Verónica y Manuel Pecci.



Memorias de Diego García Chaves  
*Empresario Chiclanero*

Empecé a trabajar a fondo con mi publicidad, a montar por mi cuenta, localizar emplazamientos y ofrecer al constructor la caseta modular para la promoción y venta. Estuve varios años comprándole módulos a Prehis, una empresa de Oviedo, y los alquilaba o vendía directamente con un buen margen de beneficios, pues no había la competencia de hoy.



A la izquierda, en primer plano, Pablo, colaborador en Algeciras. Después están la mujer de Pepe Alonso y la mujer de Manolo Gómez Lagares (que son hermanas). A la derecha están Pepe Alonso en primer plano y detrás suyo Manolo Gómez Lagares.



Caseta para hacernos publicidad y valla, a mediados de los años 80.



Anuncio de un chalet prefabricado que intentamos promocionar hacia 1985. Se me echaron encima los constructores de la zona, temiendo que les hiciéramos competencia.

### *Hasta que apostamos por las casetas*

Estar en Cádiz a partir de 1975 me dio muchas facilidades de comunicación y técnicas, pero con el paso de los años pude comprobar que Chiclana seguía creciendo a nivel comercial y empresarial, al tiempo que Cádiz se paralizaba. Esto me impulsó a decidir el retorno a Chiclana, junto a la necesidad de estar cerca de la familia.

Hacia 1988 había comprado una casa en la calle Gravina, frente a un bar de copas llamado Chato Caro. Era una casa vieja y muy grande, con azotea, patio y *corralón*. Empecé a limpiarla, con la idea de meterme en obra. Un día mi mujer vio desde la ventana a un hombre escupiendo en la puerta del bar, como sería su costumbre. Me dijo que no quería vivir y criar a sus hijas en ese ambiente. No había llegado a ponerla en venta cuando un director de banco se interesó por la casa, para convertirla en una residencia de ancianos. Me había costado once millones (que entonces era mucho) y en tres o cuatro meses la vendí sin pegas por catorce millones y medio.



Diciembre de 1996. Casetas de mercadillo provisionales en la plaza de abastos de Cádiz, que el ayuntamiento nos encargó cuando rehabilitaron la plaza.

El mismo corredor que me ofreció la casa de Gravina me dio a conocer la parcela donde vivo actualmente, que compré en 1989. Con un crédito puente avalado por el piso y la nave de Cádiz nos vinimos a Chiclana. Unos seis meses después vendí la nave de Cádiz y el piso de La Avenida a buen precio (diecisiete millones). A lo largo de los años he ido comprando y vendiendo viviendas o naves y siempre he salido ganando; creo que han sido buenos tiempos para estos negocios inmobiliarios.

Los traslados no les habían afectado demasiado a las niñas cuando eran pequeñas; ya en esta última ocasión lo pasaron peor. A mí el retorno me salvó definitivamente de la depresión. Construí una nave de ochocientos metros cuadrados en el nuevo polígono de Pelagatos, donde fuimos pioneros. Nos metimos en la nave sin luz y sin agua. Fue una etapa muy dura, realmente, pero superada; y el destino ha querido que la nave se ubique precisamente en la calle Tesón.

Nuestras miras estaban en poder hacernos todo para no depender de fábrica. Empezamos a montar manualmente en la calle la caseta más sencilla, para guardar materiales y herramienta: con chapa y estructura de tres paños. La caseta de venta tenía otros componentes.

Después llegó el bajón económico en la construcción, debido a la Exposición Universal de Sevilla en 1992. La empresa Prehis de Oviedo, a quien yo le compraba, se volcó con la Expo y al acabar presentó quiebra, porque le dejaron mucho a deber. Pasamos una racha de varios años muy mala, y tuve que dedicarme también a hacer cercas de bloques, acoplar materiales de brezo (como sombrillas para jardines), hacer casetas de madera y ampliar la gama de productos. Esto duró cuatro o cinco años.

Íbamos probando distintos negocios, hasta que apostamos por el de las casetas. El plegado de la caseta nos lo hacían por encargo en la misma calle y no nos daban un buen servicio. Llegó el día en que, con una subvención, pudimos comprarnos una plegadora y una cizalla, las máquinas más básicas. El siguiente paso fue contactar con las casas de paneles. Si teníamos el plegado, sólo teníamos que unir y ensamblar. Hacia 1998 decidimos desarmar una caseta de la competencia (Prehis) para ver con detalle la estructura.



Memorias de Diego García Chaves  
*Empresario Chiclanero*



Se trata de un evento patrocinado por Digavasa en los noventa (a mí me gustan mucho los caballos).

Aquí estoy con el Califa, uno de mis caballos, en el picadero La Patina (Sancti Petri).





Siempre trataba de afrontar los retos y de cumplir con el cliente. Compré una segunda nave en Pelagatos, situada a la izquierda de la primera, para usar de almacén; y compré un terreno, donde construí dos mil metros de fábrica del modo más económico posible. Recuerdo que me pasaron un presupuesto de cuarenta y dos millones y la conseguí hacer por mi cuenta en veintinueve.

En el año 2000 inauguramos la fábrica de casetas. Guardo recuerdo especial de ese día, porque mis hijas me hicieron un homenaje muy emotivo.

A partir de entonces pudimos hacer construcciones modulares más grandes, edificios de dos plantas y obras de más envergadura, y se notó más el crecimiento de la empresa.

Dado el volumen de transporte que requerían los trabajos, merecía la pena contar con nuestro propio camión. Manuel Fernández, quien nos hacía los transportes, me facilitó el contacto con un vendedor de vehículos. En Marzo del año 2000 viajé a Alemania en su compañía y compré el primer camión, un Mercedes Benz, por siete millones. Me traje el camión, la batea y la grúa. Dos años después le incorporamos una grúa más grande y compramos en Granada el segundo camión.

Como a mí me gusta lograr las cosas por derecho, he tratado con los ayuntamientos llegando a acuerdos y dándoles servicios como a un cliente más, sin recomendaciones. Por eso me ha costado mucho conseguir algunas cosas. Hay un refrán que dice, «Si no tienes padrino, no te bautizan». A veces, meses después del plazo pactado no hemos cobrado. Como mi personal ha de recibir su nómina mensualmente, procuramos echar la llave a estos organismos oficiales.

Nadie me habrá escuchado quejarme de estar cansado, aunque sí de los problemas que surgen a diario. De todos modos, cuando entro en la empresa y veo todo el personal que se gana el pan trabajando aquí, siento un enorme orgullo.



Fábrica de casetas, a inicios del 2000.

Nos hemos ido introduciendo en el mercado e incorporando personal a la empresa a medida que aumentaban los pedidos. El periodo de 1998 a 2005 ha sido bueno; de 2003 a 2008 hemos tenido entre setenta y ochenta trabajadores. Las personas que están al frente tienen mucha motivación y mucha capacidad de adaptación a las nuevas situaciones, así que tengo la seguridad de que la empresa va a sobrevivir a la crisis actual.

Al empezar a funcionar la fábrica era 2001 y yo ya tenía 65 años. Cuando me jubilé mi hija Susana tomó la gerencia de la empresa. Como yo necesitaba un tiempo de descanso, intenté distanciarme y relajarme un poco.

### *Mi familia ha sufrido mucho*

Tras jubilarme, contratamos a un director adjunto, que mejoró algunos aspectos de la empresa como los contratos, la elaboración de un convenio propio o la mejora de gestión de las líneas de negocio. Por otra parte, este director quería implantar un sistema de funcionamiento y relación de gran empresa que no se ajustaba a Digavasa. Proponía destinar parte del horario matinal (el de mayor producción) a las reuniones para remodelar la empresa. Esto suponía dejar de dar servicios: los camiones se quedaban parados y no se daba respuesta a las llamadas de los clientes.

A medio plazo la empresa se iba paralizando. Crecía sin algunas previsiones pertinentes, y la tesorería se resintió mucho. Bartolomé Alarcón, a quien conocí cuando Susana cursaba un Máster de dirección de empresas en el Instituto de San Telmo en Sevilla, me ayudó a dar forma a la empresa para que saliera adelante. Bartolo ha valorado mi experiencia y nos ha enseñado a prever, lo cual da mucha tranquilidad.

Han sido tiempos duros y de mucho enfrentamiento con mi hija Susana. Yo fui responsable, porque no planifiqué con tiempo: por una parte, no sabía lo que suponía la sucesión y por otra, pensaba que Susana estaba más al corriente de la dinámica de la empresa. Tenía que haber estado a su lado varios años antes, para plantear juntos tanto los detalles como la visión global.

Susana y yo, con un certificado de calidad de la empresa, obtenido en el año 2003.



Hoy en día tengo mucha confianza en su madurez y preparación. Entre ella y su hermana Dálida han creado un Parque Infantil (La Foca Loca). Aparte de gestionar dos empresas (Digavasa y La Foca Loca), Susana lleva cuatro años como vocal de la Asociación de Empresarios de Chiclana.

Una empresa familiar tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Para desarrollar mejor la empresa yo habría preferido que se implicasen más familiares míos. Tengo amigos como Reyes (Taíto) o Polanco, que tienen a todos sus hijos en la empresa, cada uno en una línea de negocios.

Aunque la carrera de la calle que yo tengo es importante, mis hijas también necesitaban unos estudios que yo no pude darles a tiempo. Mi hija pequeña, Inmaculada, tiene casi acabada la carrera de Relaciones Laborales y está ahora haciendo prácticas en la empresa; su preparación se nota. De todos modos, creo que todas tienen espíritu empresarial, y espero que se lo transmitan a sus hijos.



Fiesta de Navidad de 2005, en la empresa. Susana García a mi derecha y Loly Lobato a mi izquierda.





En julio de 2003, celebrando el 15 aniversario de la empresa. Desde la izquierda, Verónica, Susana, Yoli, algo delante mi nieto Dani (hijo de Dálida), Mari Paz, yo, mi nieta Anita (hija de Dálida), Natalia, Dálida e Inma.



Mi familia ha sufrido mucho, hasta que fuimos ganando en experiencia. También ha sido duro para personas como Loly Lobato, que participó con mucho esfuerzo en el desarrollo de la empresa sin ser parte de la familia. Debíamos de tener dos vidas: una para aprender y otra para disfrutarla; pero te mueres aprendiendo e ignorando aún casi todo.

### Verónica García explica sobre su paso por Digavasa

Trabajé cerca de veinte años en la empresa, hasta 2003. Además de facturar, trabajé como comercial, vendiendo en la calle, y por último estuve trabajando en la atención al cliente. Eso me gustaba y se me daba especialmente bien. La empresa se iba profesionalizando a un ritmo muy rápido, se especializaban las tareas y se informatizaba el flujo de información. Cuando dejó de ser una empresa de servicios para ser fábrica, me vi paralizada, sin ilusión por ponerme al día. Mientras, en otros ámbitos de mi vida era una mujer muy activa.

Empecé a prepararme en el ámbito del quiromasaje para cambiar mi trabajo. Toda mi vida laboral se había desarrollado en esta empresa, y me daba vértigo salir del nido familiar y caminar por mi cuenta. Tenía dudas sobre el modo de salir de la empresa y quería evitar que a mi padre le doliera y se sintiera defraudado. Pude contar con Guiomar, una amiga de confianza que acababa de entrar en la empresa, quien hizo de mediadora para resolver estas cuestiones del mejor modo posible.

### **Susana García explica sobre su incorporación a la gerencia de Digavasa**

Trabajar en esta empresa familiar me ha resultado muy duro, porque mi padre empezó con la empresa a edad avanzada y no ha tenido margen para planificar la sucesión ni para formarnos. Yo cogí progresivamente las riendas de la empresa y me vi navegando directamente en el río sin decidir qué futuro deseaba. Creo que mi padre no se planteaba dejar la empresa a una mujer, pero cuando se acercó el momento de jubilarse me dijo que tenía que hacerme cargo de la dirección.

Aquí hemos aprendido casi todo equivocándonos; y nos han impuesto los cambios atropelladamente. Asumir la dirección me supuso un choque tremendo y me ha costado mucho coger las riendas del negocio. Hoy me alegro de haber aceptado la gerencia, pues me da la oportunidad de desarrollarme como empresaria.

Cada miembro de la familia tenemos nuestra forma de ser y entre nosotros podemos relacionarnos como deseemos; pero en nuestra participación en la empresa hemos de dar ejemplo de seriedad. Por eso estuvimos preparando un Protocolo Familiar durante varios meses, que quedó firmado a finales de 2005. Consiste en un conjunto de normas acordadas, que deben garantizar la marcha de la empresa, marcando la diferencia entre los lazos afectivos familiares y la necesidad de compromiso y responsabilidad en las relaciones laborales.

Este documento legal establece, por ejemplo, que para que una persona entre en la empresa debe contar con una formación mínima y adecuada y con experiencia previa fuera de la empresa. Así se impide que incorporemos a alguien sin capacidad para cubrir el puesto, sólo por intereses familiares. Prefiero evitar que el día que yo falte haya malos entendidos entre mis hijas. Quiero que al menos puedan decir, “Mi padre lo hizo lo mejor que pudo”.



Mi esposa, hijas, yernos y nietos, el día de la firma del Protocolo Familiar, en 2005.













Solemos celebrar dos fiestas al año: una por Navidad y otra coincidiendo con las fiestas de Chiclana, en San Antonio. Esta foto está tomada en la fiesta de Navidad de 2005.

## Empresas familiares en la Bahía de Cádiz

En 2004, el 65% de las empresas españolas eran familiares, y generaban el 80% del empleo privado. Sólo el 35% de estas empresas había logrado pasar a la segunda generación, y el 13% a la tercera.

En cuanto a las empresas familiares de la Bahía de Cádiz, la mayoría se encuentra en la primera generación (el 43,8%). Le siguen muy de cerca las de segunda generación (39,6%) y sólo el 11,8% ha alcanzado la tercera generación. El 80% de ellas no se ha planteado aún la sucesión, quizás a consecuencia de la complejidad de su día a día.

**Fuentes:** Asociación andaluza de la empresa familiar (2004). Empresa familiar: consejos para lograr su continuidad. Cádiz; y Alex Medina R. (2008); y “El 80% de las empresas familiares de Cádiz aún no ha decidido su proceso de sucesión”. En: La Voz Digital. <http://www.lavozdigital.es>

### *Con tesón se puede lograr*

Parecía claro que la economía no podía continuar con el ritmo que llevaba hasta ahora. El avance de los últimos diez años quizás tenía que haberse dado más progresivamente, para evitar esta caída repentina que a muchos nos ha cogido desprevenidos. Quizás nos hemos embarcado más de la cuenta, y ahora estamos pagando el error. Hace un año, a diario teníamos visitas de directores de bancos en la empresa para ofrecernos productos; ahora no llega ni uno.

Una de las características de esta empresa es la disposición para adaptarnos a la demanda del cliente. Ofrecemos una gama de productos variados (casetas y conjuntos modulares, naves prefabricadas, cercados y carteleras publicitarias), adaptados a sus necesidades. Como no tenemos productos en reserva ni un gran volumen de trabajadores, nos adaptamos al cambio mejor que otras empresas con una oferta prefijada cuyos productos se pueden quedar sin salida, porque han sido fabricados en serie por adelantado.

Cuando era chico me tuvieron como un esclavo. Yo me decía, “Esto no es vida, esto no puede seguir así siempre”. Yo no quiero eso para mis empleados, pero tampoco entiendo que algunos exijan aumentos sin méritos propios.

A veces se mira mal al empresario; dicen que nos enriquecemos, pero no ven que también nos exponemos. En una crisis como ésta puedes perder lo poco que has ganado después de mucho sacrificio. De todos modos, hace tiempo que tomamos medidas: sin dejar de presentarnos a licitaciones, hemos abierto campo creando una empresa en Marruecos, Digavasa Maroc.

Pienso en el trabajador al que ya el paro se le acaba; no hay perspectivas y la situación se promete dura. La juventud que se incorporó a trabajar en los años noventa y que hoy tiene poco más de treinta años lo ha tenido todo. Ahora que vienen malos tiempos, quizás tengan que aprender a vivir con menos.

Los jóvenes tienen hoy más oportunidades de formación y subvenciones para crear una empresa. Partiendo de esa ventaja, también deben pensar dónde se van a meter y cómo lo van a hacer. Hay que ser duro e incansable, aunque no te lo reconozcan.

Es difícil imaginar la entrega y sacrificio que ha supuesto sacar adelante una empresa como Digavasa. La responsabilidad de responder en los plazos acordados, los inconvenientes, no poder desconectarte el fin de semana... Cuando veo el rostro preocupado de mis hijas empresarias, no me queda más que aconsejarles que sean responsables y que lleven su trabajo con cariño y alegría, para que les resulte más llevadero.

Un servicio de calidad acaba por reconocerse y es lo que da satisfacción personal. Olvidando esto, a nosotros se nos ha ido mucho dinero en rehacer trabajos con errores. Además, como mi empresa se ha hecho sin un pequeño capital, ajustábamos el sueldo de gente muy bien formada, y hartos de sufrir nos hemos dado cuenta de que al personal hay que pagarle según su perfil.

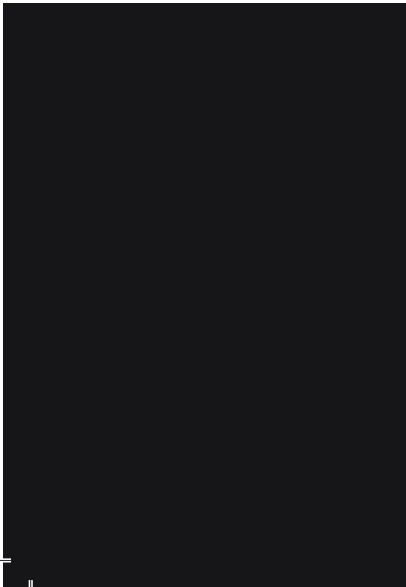
Me he seguido considerando un trabajador y he tenido con mis operarios una relación de cercanía, sin dejar de ser muy serio. Yo les digo que, si todos no remamos, el barco puede que no llegue a buen puerto. Hay que estar siempre arrimando el hombro, con mucha comunicación y acuerdo entre todos.

Humanamente, creo que he hecho todo lo que he podido y no hay nada que me pese. Soy católico y creo que Dios me ha recompensado con una buena salud a mi edad. Aporto un dinero mensual a una oenegé y, si Dios me da vida, quiero ir personalmente a algún país donde haya necesidad y financiar la construcción de pozos u otros recursos. Si todos pusiéramos algo de nuestra parte... Pero nunca tenemos lo suficiente. Ahora la vida es diferente; siempre preocupados y pendientes de las malas noticias. Es absurdo: no vivimos el día a día, porque estamos absorbidos por el ritmo que nos hemos implantado, y nos estamos destruyendo.

Yo me las he valido para que mis hijas no pasaran necesidades y todo me ha parecido poco para ellas. Creo que mi vida puede servir de ejemplo de lucha y de sacrificio, y para ayudar a pensar. De cualquier modo, los jóvenes deben saber que con tesón se puede lograr lo que se quiere.



## CRONOLOGÍA



Cronología  
Calle Tesón

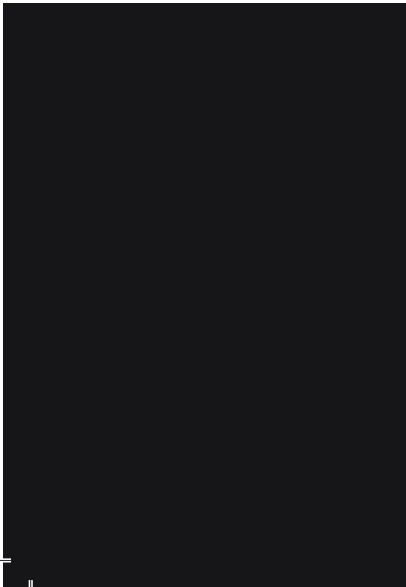
AÑO	MES	SUCESO
1936	julio	<b>Subelevación militar que desemboca en Guerra Civil</b>
1936	septiembre	Mi nacimiento
1939	marzo	<b>Fin de la guerra e inicio de la dictadura franquista</b>
1939		Se llevan detenido a mi padre, por error
194?		Mi padre se accidenta con un camión y queda lesionado
1942		Mi tío esconde trigo en nuestra casa de Huerta Chica
1946		Empiezo a trabajar en el campo (viñas)
1947	agosto	<b>Explota por accidente el polvorín de Cádiz</b>
1947		Traslado de mi familia, de Huerta Chica a La Almendrá
195?		Mi padre monta una carnicería; la cierra poco después
1951		Trabajo en una fábrica de palma
1952		Trabajo en carretera de Chiclana a Conil
1952		Trabajo en las canteras del Puerto de Santa María
1952		Empiezo a trabajar como albañil en San Fernando
1953		Trabajo en la construcción en San Fernando
1954-57		Trabajo en la construcción en Cádiz
1957	agosto	Empiezo el servicio militar
1957	octubre	<b>Comienza conflicto de Sidi Ifni</b>
1958	abril	<b>Acaba conflicto de Sidi Ifni</b>
1959	julio	Me licencio, regreso a casa y sigo en la construcción
1961		Emigro para trabajar en el norte de España
1962		Regreso a Chiclana y sigo trabajando en la construcción
1962		Me apunto al Sindicato, para trabajar en el extranjero
1962		Conozco a mi futura mujer, Mari Paz
1963	mayo	Me voy a trabajar Bélgica
1964	julio	Voy a Chiclana para casarme y regresamos a Bélgica
1965	noviembre	Nace en Bélgica Verónica, mi primera hija
1966		Primeras vacaciones en Chiclana
1966	abril	Nace en Bélgica Dálida
1967	marzo	Nace en Bélgica Natalia

Memorias de Diego García Chaves  
*Empresario Chiclanero*

AÑO	MES	SUCESO
1970		Regresamos a Chiclana, a la casa de La Almendrá
1970		Empiezo a trabajar en publicidad con M. G. Campano
1970		Empiezo a construir mi casa en El Mayorazgo
1970	noviembre	Nace en Chiclana Susana
1972		Empezamos a vivir en nuestra casa del Mayorazgo
1972		Trabajo en cerramientos como autónomo
1974	febrero	Nace en Chiclana Yolanda
1975		Verónica empieza a ayudarme en mi trabajo
1975		Me traslado con mi familia a Cádiz
1975	noviembre	<b>Muere Franco y se inicia el fin de su dictadura</b>
1976		Contrata de publicidad de los referéndums y elecciones
1976	diciembre	<b>Referéndum para ratificar la Reforma Política</b>
1977	junio	<b>Elecciones para la reforma de las Cortes</b>
1978	diciembre	<b>Referéndum para ratificar la Constitución Española</b>
1980		Alquilo un local en la Zona Franca de Cádiz
1982		Compro una nave en la Zona Franca de Cádiz
1984	abril	Nace en Cádiz Inmaculada
1984		Loly empieza a colaborar con la empresa
1986		Tengo un accidente en una obra
1987		Creamos Digavasa
1987		Susana y Loly empiezan a trabajar para la empresa
1989	febrero	Parte de la empresa se vende a Avenir
1990	enero	Salimos de Avenir
1990		Me traslado con mi familia de Cádiz a Chiclana
1991		Construyo una nave en Chiclana y vendo la nave de Cádiz
1992		<b>Exposición Universal de Sevilla</b>
1993		<b>Bajón económico tras la Exposición Universal de Sevilla</b>
1998		Empezamos a montar casetas
2000		Inauguramos la Fábrica de Casetas en Pelagatos (Chiclana)
2001		Me jubilo y mi hija Susana retoma la gerencia de la empresa
2003	marzo	Verónica deja de trabajar en la empresa
2003		Certificado de Calidad Empresarial de AENOR a Digavasa
2005		Firma del Protocolo Familiar



## VOCABULARIO Y EXPRESIONES



### *Vocabulario*

Entre las palabras de uso local o poco conocidas sólo algunas se han aclarado directamente en el texto principal, para evitar romper el ritmo de la lectura. Explicamos aquí todas las que aparecen en cursiva.

**Amasijo.** Masa de harina para elaborar pan o bizcochos. Amasado.

**Angorra.** Trapo amarrado, a modo de delantal o de cobertor de alguna parte del cuerpo.

**Arrecío.** Arrecido. Helado. Aterido de frío.

**Avío.** Conveniencia, utilidad.

**Babuchas.** Zapatillas o alpargatas.

**Bestia.** Bestias. Ganado de transporte o carga: burro, caballo y mulo, y la hembra de cada uno. Camino de bestias es aquel que permite el paso de las bestias, más ancho que un sendero o vereda.

**Butifarra.** Embutido elaborado con carne picada de cerdo condimentada. Se tritura y embute, se cuece y se deja curar al fresco.

**Camada.** Espacio que hay entre dos líneas o hileras de viña.

**Candela.** Fuego, lumbre.

**Capacha.** Cesta o espuerta de palma o esparto, con tapadera, para llevar la comida u otras cosas al trabajo (en el campo, normalmente).

**Carburo.** Compuesto químico que en contacto con el agua reacciona y produce un gas inflamable.

**Cateto.** Del pueblo, lugareño. En sentido despectivo: paleta, palurdo o garrulo.

**Cerco.** Esparto. Unas babuchas de cerco son unas alpargatas de esparto.

**Corralón.** Trabajadero. Casa o habitaciones reservadas para la elaboración de la chacina o fiambre.

**Copa.** Braserero que solía ponerse bajo una mesa redonda, o mesa camilla.

**Costero.** Encargado de comprar y transportar a su destino el costo o comida.

**Costo.** Comida. Suele referirse a la comida que se lleva al trabajo.

**Cuchara.** Ayudante de albañil.

**Chacina.** Fiambre o embutido elaborado con carne de cerdo.

**Chapuces.** Chapuzas. Chapuza: Obra o enmienda de poca importancia.

**Chicharrón.** Chicharrones. Chicharroncito. Fiambre elaborado a partir de las pellas del cerdo, después de derretir su manteca.

**Chinos.** Piedras pequeñas.

**Descansadero.** Zona del campo donde se deja la bestia amarrada, para que descanse mientras se hace la jornada agrícola.

**Destajista.** Una empresa con unidades de trabajo a la que le subcontrata otra empresa.

**Dita.** Préstamo. Ditera: prestamista.

**Dulce (agua dulce).** Agua bebible.

**Escapar.** Salir adelante. Arreglárselas.

**Esparto.** Herbácea gramínea cuya hoja se usa para obtener fibra o para tejer. *Stipa tenacissima*.

**Espoleá.** Poleá. Papilla de harina, al estilo de las gachas. Al servir se ponía por encima un refrito de coscorrónes (pan duro troceado) y una poquita de leche y azúcar.

**Estraperlo.** Contrabando o comercio ilegal de productos. Mercado negro.

**Gazpacho caliente.** Tipo de gazpacho que se prepara con tomates escaldados y el caldo del anterior proceso, y que se toma en caliente.

**Gofio.** Comida tradicional y básica de los canarios: se trata de una o varias harinas tostadas que se cuecen con leche o con agua.

**Higo tuna.** Higo chumbo. Higo de la tuna o chumbera.

**Lomo de cebollas.** Trozo de tierra entre dos surcos, con cebollas.



**Manteca colorá.** Manteca de cerdo coloreada con pimentón.

**Mayestita.** Hija de mayestos.

**Mayesto.** Mayeto. Pequeño propietario, de unas tierra o un comercio.

**Palaustre.** Paleta.

**Palma.** Diego usa esta palabra para llamar a la hoja de la planta *Chamaerops humilis*.

**Palmito.** Palmera autóctona de la zona, de porte bajo (*Chamaerops humilis*). Diego usa esta palabra para llamar al tronco tierno de la palma, que se come.

**Palmones.** Palmón. Palmera o palma autóctona.

**Parteaba.** La parteaba: la atendía en el parto.

**Percance.** Accidente.

**Picón.** Carbón de baja calidad, hecho a partir de restos vegetales.

**Piocha.** Pico.

**Plana.** Herramienta de albañilería para alisar. Llana.

**Poa.** Poda.

**Porrino.** Maza pequeña.

**Reales.** Real. Veinticinco céntimos de peseta.

**Refino.** Mercería.

**Reverbero.** Candil o lamparita.

**Ripiar** (los manojos de palma u hoja del palmito). Rasgar, entreabrir, deshilachar las hojas.

**Rodrigón.** Estaca de madera que se clava junto al tallo joven de la vid u otras plantas, para sujetarla y enderezarla.

**Sancochadas.** Cocidas o guisadas (por ejemplo, las papas o patatas).

**Serón.** Doble espuerta que se usa para llevar la carga en la bestia. La palabra se usa también para las bolsas de otro material que se colocan en la parte trasera de una moto o bicicleta.

**Soplaor.** Soplillo. Aventaor. Disco hecho con empleita de palma o esparto, con un palo a modo de asa, que se usa para avivar las brasas.

**Telera.** Pan o bizcocho grande que solía pesar tres libras y media (equivalente a dos kilos aproximadamente).

**Tirulesa.** Tipo de acabado de fachadas o paredes.

**Trabajadero.** Corralón.

**Trampas.** Deudas o préstamos, según el caso.

**Tuna.** Chumbera. Cactus asilvestrado en el mediterráneo (*Opuntia ficus-indica*).

**Zagalillo.** Zagal. Niño o adolescente que trabaja ayudando en las tareas del campo.

**Zahona.** Especie de mandil, principalmente de cuero, atado a la cintura, con perneras abiertas por detrás que se atan a la pierna, usado por cazadores, vaqueros y gente de campo para resguardar el traje.

*Expresiones y refranes*

**Arroz por cojones.**

Trigo guisado, que parecía arroz una vez cocido, y había de tomarse sin otra opción.

**Echar ratos y peonás.**

Hacer horas extras de trabajo, tras la jornada diaria o peoná.

**El saber no ocupa lugar.**

Nunca estorba el conocimiento.

**Endurecido como un rodrigón de jara.**

Muy curtido o marcado por la dureza del trabajo. La jara es un arbusto leñoso de ramas duras.

**En mi casa no se come, ¡pero nos reímos más...!**

El buen ánimo y humor contrarresta o compensa el sufrimiento.

**Maleantes de carreteras.**

Se llamaba así a quienes dejaban el campo para ir a trabajar a las carreteras o a la construcción.

**Más estudia un necesitado que un abogado.**

La necesidad motiva a aprender.

**Más hace el que quiere que el que puede.**

La motivación impulsa a actuar, aunque no haya condiciones materiales.

**Más hambre que un caracol en un espejo.**

Mucha hambre. En un espejo, un caracol no tiene para comer más que su propia imagen.

**Más negro que un chicharrón.**

Muy negro. El chicharrón es de color oscuro.

**Más que de la noche a la mañana (la diferencia).**

Más que los opuestos, que representan la máxima diferencia.

**Me hizo el avío.**

Me sirvió.

**Me reliaba como un palmito.**

El palmito, o tronco tierno de la palma, se encuentra rodeado de decenas de hojas jóvenes, apretadas en capas en espiral.

**Mientras haya tunas, no se mueren los pobres de hambre.**

La tuna o chumbera crece de modo silvestre en la zona, y el pobre puede sobrevivir alimentándose de sus frutos. La expresión sugiere que no es necesario mejorar su situación.

**No se amarran los perros con longaniza.**

Lo valioso cuesta un esfuerzo.

**Papas como, con carne.**

Se refiere a tomar un guiso de papas donde la carne está presente como palabra añadida, más que como alimento.

**Pasé el quinario.**

Lo pasé muy mal.

**Salirse del tiesto.**

Salirse de la norma.

**Ser muy puro trabajando.**

Trabajar bien.

**Si no tienes padrino, no te bautizan.**

Hace falta la recomendación de alguien para lograr un beneficio.

**Si todos no remamos, el barco no llega a buen puerto.**

Todos los miembros del proyecto han de colaborar para que éste salga adelante.

**Tanto tienes, tanto vales.**

Valorar a las personas por lo que poseen, más que por su calidad humana.

**Un niño bonito.**

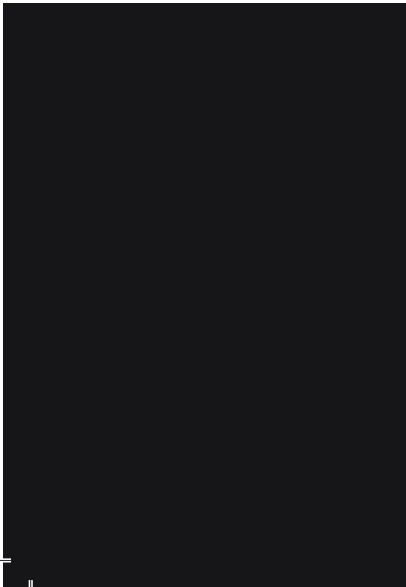
Un niño o persona mimada, privilegiada.

**Ya ha llovido y ha hecho Levante desde entonces.**

Ha pasado mucho tiempo. En la zona, el viento de Levante es tan frecuente como la lluvia.



# ÍNDICE ONOMÁSTICO



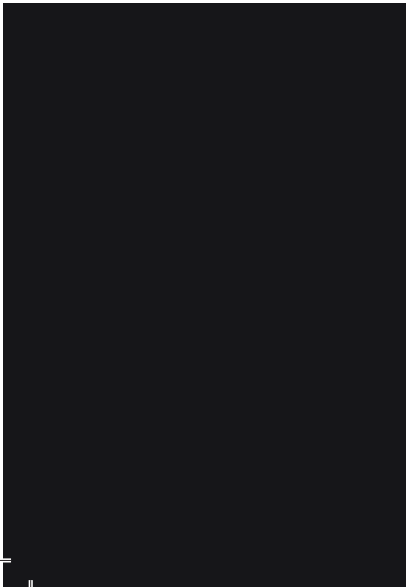
Índice Onomástico  
*Calle Tesón*

- Alfredo Naves, *pag 36, 37*  
Álvaro Padilla, *pag 75*  
Ángel García, *pag 17*  
Antonia Benítez, *pag 65*  
Antonio Millán, *pag 39, 66*  
Antonio “El Rizos”, *pag 88*  
Antonio Verdugo, *pag 22*  
Antonio Vinuesa, *pag 128*  
Arturo Redondo Bermejo, *pag 36*  
Bartolomé Alarcón, *pag 97, 128*  
Beato, El, *pag 15*  
Canito, *pag 31*  
Capricho, *pag 31*  
Carmen (vecina), *pag 69*  
Carmen Chaves, *pag 21, 22, 62*  
Carmen García, *pag 17, 31*  
Catalina González, *pag 20, 21, 22, 23*  
Currín, *pag 21*  
Charlot, *pag 42*  
Chato Caro, *pag 92*  
Dálida García, *pag 53, 54, 66, 77, 98, 99*  
Diego García (abuelo), *pag 17*  
Diego García (tío), *pag 17, 18, 19, 26, 36*  
Diego Raelito, *pag 31*  
Dik, *madame, pag 50, 53*  
Gato, *pag 41*  
Godard, *pag 51*  
Gómez, *pag 19*  
Higinio Cieza, *pag 39*  
Higravides, *pag 41*  
Inmaculada García, *pag 66, 73, 80, 81, 98, 99*  
Inmaculada Ribera, *pag 30, 128*  
Isabel García Chaves, *pag 22, 27, 30, 49, 55, 57, 58, 63, 64, 76, 79*  
Jaramillo, *pag 79*  
José Marín Verdugo, *pag 28, 30, 56*  
Juana Chaves, *pag 21, 22*  
Juan Cano, *pag 42*  
Juan Manuel Verdugo, *pag 78, 79*  
Juan Real Macías, *pag 88*  
Juan “El Valenciano”, *pag 76, 79*  
Juanita Verdugo, *pag 22, 52, 62, 63*  
Juanjo Gómez Lagares, *pag 84*  
Látigo Negro, *pag 40*  
Lina García Chaves, *pag 22, 30*  
Loly Lobato (Dolores), *pag 79, 86, 87, 89, 98, 100, 128*  
Lorraine, *mesieu, pag 51, 53, 54*  
Lorenzo y Diego Mota, *pag 37*  
Lucas Parrado, *pag 19*

- Luis Berraquero, *pag 43*  
Macano, *pag 128*  
Manolita García Chaves, *pag 22, 57*  
Manolo Chaves, *pag 21, 23, 47*  
Manolo García (Finito), *pag 17*  
Manolo Gómez Campano, *pag 52, 62, 63, 75, 76, 77, 128*  
Manolo Gómez Lagares, *pag 75, 77, 84, 85, 89, 90, 128*  
Manolo Gutiérrez, *pag 70, 128*  
Manolo Verdugo, *pag 71, 76*  
Manuel Fernández, *pag 95, 128*  
Manuel Pecci, *pag 72, 77, 79, 89*  
Manuel Tocino, *pag 78*  
Manuel Vázquez (“El Gallego”), *pag 56, 67, 68, 72, 128*  
Mari Carmen García Chaves, *pag 21, 22, 28, 29, 30, 56, 57, 58, 68, 128*  
Mari Paz Vázquez Benítez, *pag 47, 48, 49, 52, 54, 57, 58, 63, 76, 77, 81, 85, 99, 128*  
Mariana Chaves, *pag 21, 22*  
Maruja Chaves González, *pag 21*  
Miguel Guerra, *pag 15*  
Miguel Marín, *pag 84*  
Miguel Pla, *pag 39*  
Mónica, *pag 17*  
Natalia García, *pag 53, 54, 63, 65, 66, 99*  
Paco Rama, *pag 62, 67*  
Paco Verdugo, *pag 78, 79*  
Pacheco, *pag 31*  
Pepe (vecino), *pag 69*  
Pepe Alonso, *pag 89, 90*  
Pepe Chaves, *pag 35*  
Polanco, *pag 39, 98*  
Prieto, *pag 67*  
Primitivo Collantes, *pag 15*  
Rafael García, *pag 17, 63*  
Rafael Jarillo, *pag 22*  
Reis (*madame*), *pag 56*  
Reyes (Taíto), *pag 98*  
Susana García, *pag 65, 66, 86-89, 96-99, 101, 128*  
Tomás Garfella, *pag 84, 85, 128*  
Vargas, *pag 15*  
Vélez, *pag 15*  
Verónica García, *pag 28, 53, 54, 55, 57, 58, 66, 69, 71, 77, 86, 87, 89, 99, 100, 128*  
Vicente, *pag 25*  
Waldo, *pag 41*  
Yolanda García, *pag 66, 99*

## **AGRADECIMIENTOS**





## *Agradecimientos*

He realizado este trabajo con la imprescindible aportación de varias personas. Mi hija Verónica García me animó a recoger por escrito mis memorias, y me puso en contacto con la escritora Beatriz Díaz Martínez, quien realizaría este encargo.

Verónica y su hermana Susana García revisaron borradores del texto y me ayudaron en diversas gestiones. Ellas dos también aportaron sus recuerdos sobre algunas partes de mi vida, y su propia experiencia en la empresa; junto con Loly Lobato, mi hermana Mari Carmen García, Manolo Vázquez y Tomás Garfella. Mi sobrina Inmaculada Ribera García buscó datos y fechas de mis padres. A todos ellos les debo mi reconocimiento.

Quiero dar las gracias a mi esposa, Mari Paz Vázquez Benítez, por su apoyo y su presencia en mi vida. A todas mis hijas, que pusieron su granito de arena. A Loly Lobato, Juan Real, Macano y “El Gallego”, quienes impulsaron la empresa. También debo mencionar a Manolo Fernández, Manolo Gutiérrez y Antonio Vinuesa.

Los amigos y colaboradores que me dieron oportunidades merecen también consideración especial: Manolo Gómez Campano, Manolo Gómez Lagares y Tomás Garfella. Y Bartolomé Alarcón, porque me ayudó en momentos muy difíciles para la empresa.

# EPÍLOGO

Como ha narrado mi padre en las líneas que anteceden, desde hace algunos años disfruto el privilegio de haber sido la persona designada para sucederle en la responsabilidad de la gestión de los negocios familiares. Mi padre nos ha pedido a Verónica y a mí que revise este libro justo antes de enviarse a imprenta, no sé si por la costumbre o porque en el fondo necesitaba compartirlo antes de desvelar esta sorpresa a la familia y amigos.

Además de la emoción y satisfacción que siento al comprobar la acertadísima redacción de Beatriz Díaz, no puedo ni quiero dejar de aceptar que, a pesar de conocer la práctica totalidad de las vivencias y anécdotas del gran Diego García, éste es precisamente el aspecto que menos conocía de mi padre, o al menos el que menos conscientemente disfrutaba. Mi padre ha sido y es un gran padre y, desde luego, un gran empresario. Cualquiera podría pensar que es pasión de hija y yo no me esforzaré en negarlo, pero creo tiene dificultades para reconocer sus propios logros en sus memorias; quizás porque sólo las personas grandes se muestran humildes.

Como yo soy su hija se me disculpará la falta de humildad, pues embargada por el sentimiento de orgullo que mi padre me evoca me gustaría, si me lo permite el lector, rendirle homenaje detallando lo que siendo cierto no ha sido confesado por él.

A finales del 2009, en medio de una crisis económica que arrecia, con un nivel de desempleo en la provincia de Cádiz del 26,30 por ciento, podemos sentirnos orgullosos de la situación actual de Digavasa: ya somos grupo de empresa, siendo partícipes de las sociedades LA FOCA LOCA S.L., INDUMODUL S.L. y DIGAVASA MAROC.

Durante estos últimos años hemos sabido adaptarnos a los cambios de los mercados. Disponemos de un circuito publicitario de más de doscientas carteleras de gran formato en la provincia de Cádiz, con clientes de la relevancia de EL CORTE INGLÉS, MUEBLES BRIOLE, CARREFOUR, MEDIA MARKET, etcétera; y de unos trescientos módulos en alquiler para oficinas y servicios, que se unen según las necesidades del cliente para formar un edificio con todas las utilidades.

Hemos instalado muchos de los cercados de las principales autovías de nuestra provincia y construido edificios prefabricados para clientes tan exigentes como SIEMENS, IBERDROLA y RENAULT y con los plazos de entrega muy ajustados; llegando a entregar un edificio de mil quinientos metros cuadrados en menos de dos meses de fabricación y montaje, en destinos como Canarias, Valencia, Barcelona, Andorra o Tánger. Actualmente disponemos de un equipo altamente cualificado capaz de diseñar y fabricar cualquier construcción, y recientemente hemos participado en la Feria de Muestras de Dubai.

Hace pocos días, Digavasa sirvió de modelo de gestión en tiempos de crisis: en el Instituto Internacional San Telmo y ante un auditorio de más de ciento cincuenta empresarios se expuso la batería de acciones que hemos acometido desde el año 2007 para superar la crisis y salir reforzados de ella; preparándonos para ser una empresa sólida y con futuro. Fueron muchas las personas que nos transmitieron sus felicitaciones por el trabajo realizado, y recibimos interesantes propuestas.

Sin duda, hemos pasado alegrías y pesares para llegar al punto donde estamos, nada ha sido gratuito. Han sido muchos los días con ganas de tirar la toalla. Mi padre, trabajador infatigable, ha sabido crear una gran empresa y una gran familia; mi madre ha sabido apoyarle. A ambos les debemos mucho.

Mi padre, a sus setenta y tres años, practica natación, monta a caballo y en bicicleta habitualmente, y tiene una vitalidad y unas ganas de continuar aprendiendo impropias de su edad. Es un ejemplo de superación para todas nosotras y para sus nietos. No puedo dejar pasar la oportunidad de agradecer a mis padres por todo lo que nos han dado y decirles lo mucho que los queremos, siendo portavoz de mis hermanas.

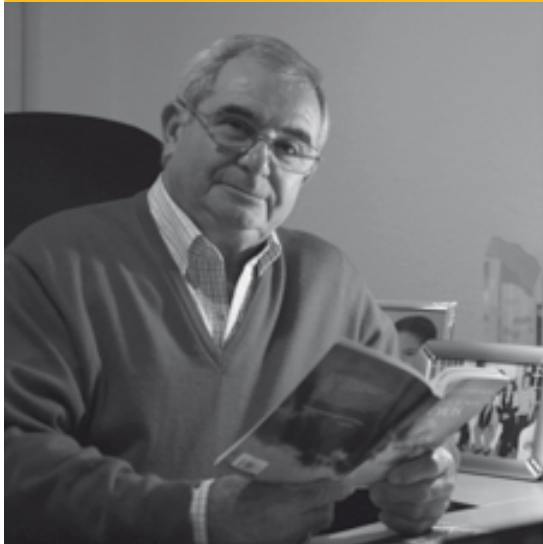
Susana García Vázquez



# ÍNDICE GENERAL

Presentación .....	6
<b>I. LA MISERIA DEL CAMPO (1936-1951)</b> .....	<b>11</b>
<i>Yo lloraba por trabajar en el campo</i> .....	12
<i>Pasaban por tu vera y ni te miraban</i> .....	15
<i>Mi padre trabajaba para su hermano</i> .....	17
<i>Mi abuela fue muy emprendedora</i> .....	20
<i>Lo que veíamos era mucha tristeza</i> .....	23
<i>Salíamos adelante con pequeñas cositas</i> .....	28
<b>II. TRABAJANDO EN LA CONSTRUCCIÓN (1951-1961)</b> .....	<b>33</b>
<i>Seguí haciendo los trabajos más duros</i> .....	34
<i>Quería aprender el oficio de albañil</i> .....	36
<i>En la mili todavía se pasaba hambre</i> .....	39
<i>Sólo estaba preocupado por mis padres</i> .....	41
<b>III. TIEMPOS DE EMIGRACIÓN (1961-1970)</b> .....	<b>45</b>
<i>Decían que en el norte había trabajo</i> .....	46
<i>No salía de mi asombro</i> .....	48
<i>Nos movíamos en un pequeño mundo</i> .....	52
<i>Soñábamos con volver al lado de la familia</i> .....	55

IV. MIS INICIOS COMO AUTÓNOMO (1970-1987)	61
<i>Otra vez volvía yo a no ser nada</i> .....	62
<i>Yo continuaba haciendo mi casa</i> .....	64
<i>Empecé a moverme como autónomo</i> .....	67
<i>Hice la campaña de las primeras elecciones</i> .....	72
<i>Me abrí camino en cerramientos y publicidad</i> .....	75
<i>Quería quitarme la vida</i> .....	80
V. DESARROLLO DE DIGAVASA (1987-2009)	83
<i>No me detenía ante las dificultades</i> .....	84
<i>Entonces creamos Digavasa</i> .....	89
<i>Hasta que apostamos por las casetas</i> .....	92
<i>Mi familia ha sufrido mucho</i> .....	97
<i>Con tesón se puede lograr</i> .....	106
CRONOLOGÍA .....	112
VOCABULARIO Y EXPRESIONES .....	116
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	124
AGRADECIMIENTOS .....	128
EPÍLOGO .....	130



# CALLE TESÓN

MEMORIAS DE DIEGO GARCÍA CHAVES, EMPRESARIO CHICLANERO

*En mi juventud a los chiclaneros nos llamaban "los catetos del campo" y nos escogían entre otros de la comarca para hacer los trabajos más duros. Con el tiempo, Chiclana se ha transformado en un pueblo con miles de empresas. Yo soy uno de los muchos empresarios que desde la miseria de los tiempos de posguerra recorrimos paso a paso y con mucho tesón el camino para llegar a este inquietante presente.*

*Tengo la convicción de que mis memorias ayudarán a entender mejor la historia reciente de nuestro pueblo, y servirán de ejemplo a quienes quieren sacar adelante una empresa. Sería triste que marchásemos en silencio, llevando con nosotros nuestra experiencia.*